

The background is a textured, light brownish-green. A tree with a brown trunk and branches is depicted. The foliage is represented by large, rounded shapes with a blue, spiky texture. White spider webs are drawn over the blue foliage. There are several leaves: a dark blue leaf at the top right, a pink leaf at the bottom left, and a yellow-green leaf at the bottom right.

# ***Paquete de fe***

Un PDF de cuentos inéditos

**I Acevedo**

# ***Paquete de fe***

Un PDF de cuentos inéditos

**I Acevedo**

Edición especial a  
beneficio de Casa Brandon

*Este PDF de libre circulación se publicó el 4 de mayo de 2020 en la Ciudad de Buenos Aires.*

*En esta edición especial del 25 de mayo a beneficio de Casa Brandon se muestra la obra de portada “Planta de algodón”, de Marcelo Alzetta.*

*Haciendo click en este link <https://brandon.org.ar/editorial/libros/>*

*podés hacer una donación para ayudar al sostenimiento de nuestra querida casita Casa Brandon.*

*¡Gracias por tu colaboración! ¡Nos sostenemos juntxs!*

## Índice

Nota a esta edición .....	4
Nota a la edición de <i>Una idea genial</i> .....	5
Un nuevo día en el planeta Tierra .....	13
Mínimas consecuencias afortunadas .....	23
El ligero y dulce sonido del placer .....	33
Hacia Constitución .....	43
El lugar de la escritura .....	53
Querida Bicicleta .....	60
Carta a Gre .....	69
Querida araña .....	73

Nota a esta edición

Buenos Aires, 4 de mayo de 2020

Queridxs lectorxs:

Hacía un tiempo que pensaba compartirles este PDF con los últimos cuentos que escribí. Un debate reciente acerca de la libre circulación de la literatura en formato PDF a raíz de un espacio coordinado por Selva Di Pasquale me ayudó a terminar de organizar este PDF inédito que les comparto.

Algunxs conocen estos cuentos porque fueron leídos en lecturas públicas. “Un nuevo día en el planeta Tierra” fue publicado en PDF libre por editorial Puntos Suspensivos hace un mes. “Querida bicicleta” será distribuido y editado en papel por editorial Cuentos María Susana. El libro en papel se encuentra ahora en imprenta y estará a la venta al final de la cuarentena. “Querida araña” es un cuento del año 2017 que se me había traspapelado y por eso quedó afuera de *Late un corazón*.

Me pareció oportuno comenzar este pdf copiando y pegando la nota a la reedición de *Una idea genial* (editorial La Libre y La flor azul) porque contiene gran parte de lo que pienso acerca de la libre circulación de la literatura en cualquiera de sus formatos.

Lxs saludo esperando que termine pronto esta cuarentena y estén bien de salud,

Un abrazo,

|

## **Nota a a la reedición de *Una idea genial***

(Editorial La Libre, y La flor azul, 2020)

Buenos Aires, 9 de enero de 2020

Querides lectorxs:

Esta nota es excepcional. En un puñado de días, estas palabras estarán impresas en un libro. Nunca me había tocado escribir con semejante certeza. Y como la cultura del libro es un asunto que me desvela, quisiera hablar sobre esto.

Siempre tuve pasión por el relato y la manía de escribir, pero nunca soñé con publicar un libro. Me crié en el campo, por fuera de circuitos culturales y sistemas de legitimación de esa cultura. Cuando empecé cuarto grado, empezó a haber bibliotecaria en la escuela: la señorita Irene. Ella me animó a participar en un concurso literario. Fui a su casa a pasar mi cuento manuscrito en su computadora, y mientras lo copiábamos consensuamos algunas correcciones. Nuestra bibliotecaria fue también mi primera editora. La literatura que yo producía era muy valorada por mis familiares, amigos y vecines, por las maestras. Eran relatos orales, o cuentos escritos en la carpeta. Circulaban. La gente me pedía que inventara un cuento o se llevaban mis hojas de carpeta a su casa para leer lo que yo había escrito.

Mientras que leer me salvaba, porque me ofrecía un mundo paralelo, contar historias me conectaba con el mundo real. Y creo que, satisfecho con ambas cosas, nunca necesité el plus que parecía significar *publicar* un libro. Por eso cada vez me incomoda más publicar un libro, y que sea un privilegio tan buscado que a mí me significa tan poco. Creo que, como tantos sistemas de legitimación, la cultura del libro provoca intensos deseos, y también frustraciones. Después de publicar un libro, muchos se preguntan: ¿Y ahora? La respuesta es: la vida sigue igual. Tu libro lo leerán tus amigos, tu familia, habrá alguna reseña... y ya está. Quizás se active la fantasía de perdurar en el tiempo de alguna manera. ¿Pero cómo? Al tiempo que vivimos, si no nos incendiamos o inundamos, le seguirán varios siglos. ¿Quién sabe qué destino pueda tener un escrito que hoy es, y seguramente siga siendo, ignoto? Y menos que nadie lo sabe quien lo escribió. La escritura es de todos y de nadie, y la voluntad que menos cuenta es la de quien planteó el relato. Yo amo esa gratuidad que se expande, colonizando la mágica conjunción de espacio-tiempo que es un texto.

Todo esto cuenta también para esta novela, que fue escrita en el año 2008. En ese momento yo tenía un blog, es decir que estaba inserto en una red de personas que escribíamos y nos leíamos todos los días. De vez en cuando, alguien me comentaba en mi blog: “Deberías escribir un libro con todo esto”. O a veces alguien me preguntaba: “¿Estás escribiendo?”. Mi respuesta a ambas preguntas: “Sí, estoy escribiendo. Mi blog tiene millones de caracteres. Y allí se quedarán”. Por años me planté en esa escritura de intercambio y fui, fuimos, plenamente felices. Un día, Francisco Garamona y Laura Crespi, editores de Mansalva, me propusieron que escribiera una novela para el Premio Indio Rico, que organizaban César Aira y Arturo Carrera. Ese año era la segunda edición y el género era autobiografía. El concurso estaba abierto solo a personas nacidas en provincia de Buenos Aires; el ganador del concurso publicaría la novela en Mansalva. Francisco estaba convencido de que yo tenía muchas chances de escribir algo lindo y que él lo pudiera publicar. Con el ejercicio de escribir muy activado por la práctica de mi blog, e inspirado en *Memorias póstumas de Bras Cubas*, de

Machado de Assis, un libro que me había recomendado un amigo, escribí muy rápido la novela. Francisco la leyó y le gustó muchísimo. Me dijo que aunque no ganara el concurso, la publicaría igual. El concurso lo ganó Diego Meret, con la novela *En la pausa*. Yo obtuve el segundo lugar. Fueron pasando los meses. Pasaron dos años. Alguna gente ya había leído la novela o sabía de ella, y cada tanto me preguntaban cuándo se publicaría. Mi respuesta: “No lo sé... Lo sabrá Francisco”. Yo sabía que era muy común aportar dinero a la editorial para solventar el costo de un libro, en especial en una primera edición. De hecho nos presentamos a algún subsidio, pero no lo ganamos. Pero cuando alguien me sugería la idea de poner plata para acelerar la publicación, yo le manifestaba que no tenía pensado poner un solo peso. Mi deseo estaba volcado a la escritura (yo ya tenía un blog), y publicar un libro no estaba dentro de mi campo de acción. Javier Barilaro, el diseñador, también estaba entusiasmado con la novela, y venía pensando una tapa posible. Creo que él también quiso apurar el trámite. Diseñó una tapa y la compartió en Facebook junto con otros futuros títulos de Mansalva. Mucha gente vio la publicación y pensó que el libro ya había salido a la venta. A mí me alegró mucho ver que la novela era esperada con tanto cariño.

Y ahora viene otra anécdota que también habla del deseo que circula alrededor de ese artefacto tan particular que es un libro. Hace un tiempo, disenti con una editora a causa de la sintaxis de un texto mío y otras cuestiones editoriales. La discusión escaló, y yo detecté que ella ponía en juego una distancia entre su lugar, más alto, como editora y mi lugar, más bajo, como “autor” (ella usó esta palabra, que fue como poner el dedo en la llaga de mi desprecio por esa cultura del libro como objeto de prestigio). La idea de estar participando de una relación de poder asimétrico me sublevó. Y mientras, para dejar bien clara la línea de poder que nos conectaba, le recordé que la idea de que yo publicara un libro en su editorial había sido *suya* y no *mía*, y que por lo tanto no había ninguna razón para que yo aguantara el más sutil abuso de poder, me encontré literalmente gritándole en un audio de Whatsapp una frase por demás coloquial



compuesta por siete palabras: “Me chupa un huevo publicar un libro”. Mientras gritaba esa frase, y la repetía, y la veía tan clara como si estuviera graficada con letras enormes en un cartel publicitario, entendí que esto tenía que ver con la resistencia a participar de una relación asimétrica de poder. Cuando yo gritaba “No quiero publicar un libro”, lo que quería decir era que esa editora no tenía ningún poder sobre mí. Sin libro, yo me vería libre. Como si esto no fuera poco, la editora tuvo el mal tino de sugerir que mi tratamiento hormonal afectaba mi temperamento. Mediaron mi respeto a un compromiso de palabra (es decir, *oral*), y la intervención de los cariñosos amigos y lectorxs del libro, que ya estaba listo para ir a la imprenta, para que ese libro existiera. Pero la intensidad con la que dije esa frase me desveló por mucho tiempo.

Y hoy me toca decir esto dentro de un libro. Pero también lo he venido diciendo en otros espacios: si bien los libros son vehículos de literatura, no son el único vehículo, ni suficiente, ni el más justo. A lo largo de la historia ha existido y existe la literatura oral, las canciones; también hay personas analfabetas, que no están en países remotos sino aquí nomás, en esta misma ciudad, que no saben leer. Y también hay personas que le escriben un poema a su gate en Facebook, mal que le pese a la gente fascista que repudia esas expresiones. Lamentablemente, aún no está de más recordar que la gente hace literatura *sea donde sea* con los recursos que tiene a mano: en las paredes de las cárceles, en las charlas de Whatsapp o en discursos presidenciales. El lenguaje es nuestro y la literatura también. Somos sus soberanos y también sus súbditos. Somos sujetos del lenguaje, y en ese espacio de poder no daremos un solo paso atrás ni permitiremos que ninguna persona o institución ponga en cuestión uno solo de nuestros mensajes, en cualquier formato o bajo la norma que estén. Por cada palabra publicada en un libro formalmente redactado de acuerdo a normas de instituciones europeas que lucran transnacionalmente con una lengua colonizadora, hay millones y millones de palabras a lo ancho del mundo hispanohablante con que la literatura dice presente y hace la diferencia

cuando se difunden nuestras voces, desde las más tímidas y susurrantes hasta las más portentosas, en todos los espacios.

Dicho esto, me toca ahora hablar justamente del espacio, un tema central a la hora de pensar una novela, ya que las novelas suelen narrar desplazamientos. Al releer esta novela se me ocurre que lo que se cuenta es el desplazamiento de una persona del campo que pasa a vivir a una pequeña ciudad, y luego va a la capital. La aventura, según una definición clásica, es el relato de alguien que sale de su origen, vive un suceso y vuelve para contarlo. ¿A quién? A las personas que habitan el lugar de donde procede. Pero hoy en día no se vuelve a ningún lado: al contrario, se escapa de un origen en busca de un nuevo lugar. ¿Cuántas veces nos preguntamos cuál es “nuestro lugar”? Una posible respuesta es que nuestro lugar es aquel donde se encuentran las personas que valen la pena, personas a las que tiene sentido que les contemos algo. Ojalá todos pudiéramos habitar nuestro lugar en paz. Hoy, a la luz de la voluntad popular volcada en las urnas el día de las elecciones presidenciales del 26 de octubre de 2019, nuestro lugar parece haberse ensanchado grandemente, siendo depositario también de los sueños democráticos y de justicia social de un campo popular plurinacional que excede ampliamente el territorio de Argentina. Y si me cabe el privilegio de poder publicar un libro, con la ventaja que representa esta milenaria tecnología capaz de atravesar las fronteras, también me toca la responsabilidad de tener presentes esos sueños de justicia social que compartimos junto a tantas personas desposeídas.

Durante los años noventa pude ver cómo muchas familias tuvieron que abandonar el campo e irse a vivir a la ciudad a raíz de la concentración de capitales. Una mujer (cis) que era ama de casa y trabajadora rural se convertía en barrendera de la terminal de ómnibus. Mis compañeras de escuela comenzaron tempranamente a trabajar limpiando casas de barrios residenciales. En mi familia, mi madre empezó a trabajar en la ciudad, y yo a los diez años empecé a realizar el trabajo doméstico que antes hacía ella, trabajo no pago, obviamente. Como se sabe, muchísimas personas sufren

el desarraigo que significa tener que abandonar un lugar y trasladarse a otro por necesidades básicas, como supervivencia, trabajo o libertad para vivir su identidad y gustos sexuales... Migrar, querer hacerlo, haberlo hecho, que son derechos humanos y obviamente no constituyen delito, son experiencias que hacen a nuestra identidad. Siento que esta novela se refiere bastante a eso, y me siento feliz de poder expresar la satisfacción de vivir en un país que, en el duro concierto actual de países latinoamericanos que están siendo ocupados por la derecha necroliberal y pro yanqui, goza de un gobierno peronista que vela y velará por las seguridades más básicas de las personas, especialmente las de aquellas que por su clase social, identidad sexogenérica u origen geográfico deben resistir las constantes afrentas de quienes pretenden desplazarlas.

Resta ahora comentar los detalles de esta edición, publicada por primera vez en octubre del año 2010. Diez años es bastante tiempo teniendo en cuenta los sucesos que ocurrieron desde aquel año, desde la Ley de Identidad de Género hasta la lucha por el aborto legal, libre, seguro y gratuito, los paros internacionales por el 8M junto a los debates por la definición de los sujetos del feminismo que la popularización de esta lucha desató, junto con la irreversible tendencia del lenguaje inclusivo a normalizarse y las reacciones retrógradas que todo esto genera. Como siempre, pero tal vez un poco más que antes, lo que escribimos y pensamos hoy, al día siguiente resulta obsoleto. Y si bien descubrí con sorpresa que esta novela no estaba tan obsoleta como hubiera imaginado, hubo algunas decisiones que tomar de acuerdo a las necesidades del presente.

La decisión que tomamos, conversada con amigos, colegas y compañeros, fue conservar la novela tal cual fue publicada en la primera edición, con muy pocas modificaciones. (La segunda edición, en 2011, fue publicada en Barcelona y sufrió innumerables cambios sintácticos y lexicales; por ejemplo, se me solicitó modificar la palabra "leña" por la palabra "leño". A ello no ofrecí ninguna resistencia, pues si el texto perdía riqueza lingüística a causa de las preferencias comerciales de la editorial, serían los lectorxs españoles quienes resultarían damnificados y, como "al César lo que es del

César”, me pareció que a les lectorxs de una potencia colonial europea bien les cabía beberse su propia medicina. Por lo tanto, esa edición no cuenta a los efectos editoriales).

¿Por qué no modifiqué el texto al lenguaje inclusivo, por qué no usé la desinencia masculina en los adjetivos para que coincidieran con el género masculino con el que me designo en la actualidad? Por tres razones importantes: productividad, honestidad y memoria.

Hacer esas abundantes modificaciones para poner la novela a tono con el presente, saciando las expectativas de muchos lectorxs, habría sido el camino obvio, un camino que hubiera generado menos preguntas e inquietudes, tal vez. Un camino que, al borrar los desarreglos que el tiempo produce en un texto, hubiera borrado también la información sensible acerca de nuestras experiencias de diez años a esta parte. Hubiera sido un texto menos valioso, en el sentido en que una reedición es productiva porque habilita nuevas lecturas de acuerdo al contexto geográfico, lingüístico e histórico en que se reinserta en comparación con sus ediciones anteriores.

En segundo lugar, consideré que el respeto al texto original era una forma de honestidad y acuerdo con la memoria. Yo no puedo dejar de hacerme cargo de lo que escribí en aquel tiempo al que pertencí, cuando desafortunadamente no era consciente del cisexismo y la gordofobia internalizada que me atravesaban, por poner los dos ejemplos que más se destacan. Pero sí soy consciente de la gravedad de esa realidad hoy y la repudio, por eso, en lugar de borrar y reemplazar palabras, inserté en el texto algunas modificaciones que se pueden leer entre corchetes.

Por último, sé que es posible que alguna persona espere zambullirse con morbo en busca de un *origen* de mi masculinidad. A ellos les digo que, ya que buscan información ligada a un *origen*, seguramente la encontrarán. ¿Por qué? Por la simple razón de que, con el diario del lunes, es muy fácil rastrear un origen. También porque la literatura suele referirse a cosas que se consideran verdaderas, y seguro les parecerá, en algunos capítulos, que este libro predice mi transición. Sin embargo, la identidad nunca es del todo

la suma de las partes, y siempre habrá alguna astilla que se escape. Como dije antes, “al César lo que es del César”. Cada uno encontrará lo que le haga falta. Ojalá todos pudieran leer cualquier texto con “mirada estrábica”: con un ojo en el pasado y otro en el futuro. Pero estoy convencido de que este deseo no es necesario, ya que creo firmemente, junto a muchas otras personas, que, tal como lo muestra la historia, la literatura siempre nos lanza hacia el futuro para traernos algo que antes no había.

Y ya que en este espacio puedo contarles algo sobre mi presente, si tuviera que pensar algún origen, algún núcleo blando de mi vida, repetiría lo que ya he dicho en otros textos: todo lo que soy y lo que tengo, mucho más allá de mi identidad de género, y mucho más allá del futuro que pueda imaginar, pues nuestra imaginación es limitada, y la vida nos depara afectos y aventuras inimaginables e incalculables sobre los que muchas veces no tenemos tanta decisión como nos gustaría, todo lo pasado y todo lo porvenir me lo ha dado la literatura. Esta novela cuenta esa historia también, y es en sí misma parte de eso, por eso me siento feliz y agradecido de compartirla nuevamente con ustedes.

## Un nuevo día en el planeta Tierra

Eran las siete de la tarde del domingo 29 de marzo del año 2020 en la ciudad de Buenos Aires, en la república Argentina, localizada en el extremo sur del Continente Americano, al lado oeste del planeta Tierra. Era el fin de un caluroso día de otoño. Hacían 27.2 grados, lo cual era mucho para la hora del día en que se pone el Sol, estrella alrededor de la cual giran los planetas del Sistema Solar en esa galaxia llamada Vía Láctea.

Poco a poco, la temperatura descendía a lo largo de la superficie terrestre. La fina brisa del Río de la Plata se derramaba de este a oeste y entraba por la ventana de un departamento situado en el barrio del Microcentro, muy cerca del Senado de la Nación y de la Casa de Gobierno, que a esas horas del domingo permanecía totalmente vacía, a excepción de algunxs guardias.

El departamento en cuestión era el lugar donde vivían Ismael y su hijo, Gregory, de seis años recién cumplidos. Y el tiempo en que ocurrió esta historia fue el primer mes de la Cuarentena, el prolongado aislamiento social impuesto por el gobierno con el fin de evitar un contagio masivo debido a una pandemia provocada por un virus de neumonía.

La luz del sol se había retirado de la sala dejando el rostro del pequeño Gregory iluminado solo por la luz de la consola manual de los videojuegos. Estaba sentado en el sofá del living. Estaba recién bañado y se había perfumado el pelo castaño claro, y se había peinado prolijamente por su

cuenta, aunque solo se había puesto la remera y le faltaban los calzoncillos. Ismael lo miró con ternura. Le recordaba a Luke, de La Guerra de las Galaxias, saga que estaban mirando desde hacía trece días, noche a noche. Ismael prendió la computadora, abrió una lata de cerveza y se sentó en su escritorio, de espaldas a su hijo. Tenía trabajo para hacer, y no había demasiado tiempo.

–Me pondré los auriculares. Voy a escuchar música un rato para aislarme – le anunció a su hijo–. Ponete los calzoncillos, Greg.

–No –respondió el niño, sin prestarle atención.

–Ponete los calzoncillos *ahora*. No me des más trabajo del que ya tengo, por favor –respondió Ismael severamente.

El niño caminó hasta su cuarto de mal humor, y el enojo rápidamente se volvió miedo, porque la casa se había vuelto oscura. Intentando dominar su miedo, quiso prender la luz del pasillo para llegar a su cuarto, pero no tuvo valor, así que se quedó en silencio un rato cerca del pasillo y esperó que su padre se distrajera. Luego, volvió al sillón donde estaba antes, y comprobó que, efectivamente, su padre ya estaba con los auriculares puestos escribiendo en la computadora y no se había dado cuenta de que él no lo había obedecido y seguía sin calzoncillos. Con escenas así transcurría la vida en los días de Cuarentena para Gregory y su padre. El padre le daba órdenes; Gregory cumplía solo algunas, a regañadientes; Gregory, por su parte, pedía jugar a los videojuegos y solo a veces su padre aceptaba, también a regañadientes, dejándolo jugar solamente cuando a él le tocaba trabajar en la computadora y precisaba concentrarse. Un balance de auriculares se iba desplegando a lo largo del día entre el padre y el hijo, un rato con auriculares cada uno, otro rato aguantando el barullo mutuo. Luego, el padre jugaba videojuegos con su hijo un rato. Luego, bailaban con canciones y saltaban en los muebles para hacer ejercicio. Luego, un poco antes de la noche, alguna tarea escolar. Luego, el baño; luego el insecticida en cada ambiente para evitar el dengue; luego la comida, viendo Star Wars. Luego, algún caramelo, algún flan, con suerte. Luego, el niño se dormía y el padre lo dejaba en la cama bañado en repelente de insectos. Con el niño dormían lxs

dos gatxs, inseparables. Entonces el padre abría la segunda lata de cerveza y volvía a instalarse en la computadora.

Pero todavía eran las siete. Y esa noche, Ismael tenía un trabajo importante que hacer. Del resultado de ese trabajo, se decidiría si rompería o no la cuarentena, luego de tres semanas de un encierro solo interrumpido para ir de compras. También decidiría si volverse un espía o abandonar para siempre su misión.

Ismael había tenido tres semanas difíciles intentando combinar su trabajo en una editorial con su intensa actividad como informante de la Defensoría de los Derechos Humanos de las Personas, y también las tareas domésticas y de cuidado de su hijo, que, durante la cuarentena, debido a sus condiciones respiratorias, requería aislamiento estricto. Ismael detestaba la figura del padre que puede solo con todo, porque nada le parecía más erróneo que creer que una persona puede sola con todo, sin embargo no le había quedado más remedio que seguir adelante, y ese error le estaba costando mucho esfuerzo. Además, Ismael no era de piedra, y poco antes de la cuarentena había comenzado una relación a distancia con una hermosa terrícola, una relación construida a base de chats, fotos y videos. Por lo tanto, la naturaleza de sus noches era más que compleja. Y si decidía volverse espía full time, seguramente querría despedirse de ella antes de pasar a la clandestinidad.

Todos los días, Ismael trabajaba de manera voluntaria en la lectura y decodificación procesos judiciales de violaciones a los derechos de las personas en la Defensoría de los Derechos Humanos que dependía de la Administración Nacional de Justicia, en un proyecto internacional que todavía se mantenía en desarrollo. Su identidad como informante era secreta, ya que la información decodificada afectaba poderes económicos que, de saber su labor, podrían intentar detenerla. El fruto de sus investigaciones eran reportes clasificados que completaban los llamado



ficheros: historiales de jueces y fiscales cuyo accionar irregular en causas de denuncias a los derechos humanos era reportado a un documento internacional de malas praxis judiciales que sería usado para la creación de un protocolo internacional de seguridad judicial para los derechos humanos de las personas. Durante tres años ya, casi todas las noches, Ismael había entrado en ese documento compartido y había elaborado, mediante un software inteligente, la información de cientos de denuncias formales e informales que ocurrían diariamente a lo largo y a lo ancho del territorio. El resultado eran lugares, fechas y nombres de jueces y fiscales que se sumaban a una red de accionares violatorios, corruptos y fraudulentos que ocurrían por motivos ideológicos, políticos, y por supuesto, económicos, en todo el mundo y de los que el sistema judicial de su país muchas veces era cómplice: un relato.

Ese día, Ismael se encontraba en el delicado momento de decidir si quería y podía ser espía. En el fondo, ya sabía que luego de la Cuarentena, los atributos de su identidad ya no serían los mismos. Hacía dos días había sufrido el intento de robo de sus cuadernos. Esos cuadernos contenían información clasificada que aún no cumplía las condiciones necesarias para ser registrada en los llamados ficheros, los reportes que estaban en los documentos compartidos con los que Ismael trabajaba diariamente. Ismael, por ser una de las personas con menos visibilidad en la zona, era el encargado de guardar esos cuadernos. Pero hacía dos días se había confirmado que su casa ya no era segura.

Ismael y su hijo habían vuelto de las compras y habían sorprendido a un hombre intentando robar los cuadernos. Esa persona estaba, de hecho, guardándolos en su mochila, en el medio de su propia habitación. Al verlos, el hombre huyó, y sin saber por qué lo hacía, Ismael lo persiguió, con tanta energía y tanta fuerza que logró detenerlo, justo cuando el hombre llegó a la calle. Era un hombre de alrededor de treinta y cinco años. Pudo sentir el perfume de su desodorante y hasta el perfume de su ropa limpia. También pudo sentir algún olor relacionado con condimentos en su ropa. La idea de

que ese ladrón de documentos tenía ropa recién lavada, usaba desodorante y cocinaba comida, lo sorprendió. Lo derribó, y tironeó de su bolso y se lo sacó. El tipo, decidido a soltarse, le pegó un golpe en el estómago. Fue todo rápido, y por suerte su hijo había quedado del lado de adentro de la puerta del edificio, sin llegar a ver lo que había pasado. Entonces un policía se acercó corriendo desde la esquina e intentó detener el enfrentamiento, y una moto apareció de la nada, y el hombre se zafó, se subió a la moto y desapareció. Cuando se incorporó, Ismael se abrazó al bolso de ese hombre, y fue como si se quemara con fuego el pecho.

A instancias del policía, y por no ofrecer demasiada resistencia, Ismael había tenido que dar testimonio del intento de robo, y para eso, esa noche debía redactar un escrito de lo sucedido, y debía enviarlo por correo electrónico a un juzgado al día siguiente, para poder refrendarlo en persona cuando terminara la cuarentena. Eran las siete de la tarde, e Ismael estaba creando ese documento en blanco para escribir su testimonio. Aunque no la veía, sabía que la luna había empezado a brillar del otro lado de la ventana.

Ismael comprendió que estaba solo en ese documento. Entendió que, a diferencia de lo que le pasaba cada día cuando trabajaba en los documentos compartidos, esta vez estaba escribiendo en un documento que no compartiría con nadie más. Sin embargo, ambos documentos tenían algo en común: la violación de un derecho. Pensó en al menos, tres instancias donde el incumplimiento de la ley, la ilegalidad y el crimen se habían cruzado en su camino durante esa cuarentena. La falta de respeto a la reciente ley laboral por parte de sus jefes, los dueños de la editorial que trabajaba, que se había negado a atender el Decreto de Necesidad y Urgencia que dictaba el posible pedido de licencia por parte de las personas a cargo de niños para que pudieran ausentarse de sus compromisos laborales durante la cuarentena con el fin de poder dedicarse al cuidado de sus hijos. La prohibición de ingresar a un supermercado de que había sido objeto junto con su hijo, por parte del guardia de la cadena de supermercados, recibiendo como información la única razón de que “por

seguridad, les niños no tenían permitido el ingreso al local". Por último, las brutales agresiones que había sufrido una vecina por parte de su pareja, y que habían terminado en un llamado de Ismael al 911 en la madrugada del 24 de marzo. Todas violencias más o menos graves contra los derechos básicos de las personas que él había contemplado cada día, en persona, mientras por la noche, en ese documento compartido veía muchas más violencias, a las que había llegado a habituarse. La bronca ante sus jefes, la bronca ante el guardia y el supermercado que pretendía impedir su paso, la bronca ante ese vecino, y el temor, lo habían puesto en un estado de mal humor que sumado al encierro generaban un caldo de cultivo que hacía difícil concentrarse y siquiera pensar. ¿Cómo narrar ese intento de robo sin que algo de esto se filtrara?, se preguntó. Ese intento de robo no importaba. Lo que contaría, en ese testimonio que se había visto obligado a escribir, no era nada. Y sin embargo, debía escribirlo. Describir a ese hombre, y dar algún tipo de información sobre lo ocurrido. Como si no supiera lo que había detrás de ese intento de robo. Como si no supiera que, por una clara razón, ese hombre había dejado que él supiera, en persona, cara a cara y cuerpo a cuerpo, que él había llegado hasta su propio cuarto, donde él dormía, donde él amaba, para robarle material confidencial. Como si no supiera que una persona entrenada para tal caso, una persona que se deja atrapar como se había dejado atrapar ese ladrón, sin duda había recibido instrucciones específicas de mostrarse en el momento mismo del hurto. Y así, desafiar su reacción.

Debo atenerme a las coordenadas del espacio tiempo, pensó. La hora, y el lugar. La persona. La acción.

Pero mientras miraba el teclado, y miraba la luna de reojo, mientras escuchaba los apagados ruidos de los videojuegos de Gregory atrás de su silla, sus manos no lograban accionar una sola tecla.

En aquellos días de cuarentena, completos como abejas en un panal, de un sinfín de tareas domésticas, había aprendido muchas cosas. Pero una de las lecciones que más satisfacción le habían hecho sentir era la de la filosofía

del trapo de piso. Este conocimiento apareció un día de calor muy húmedo, y muy pesado, un día de calor insoportable en que trabajar a las tres de la tarde con su hijo pidiéndole bajarse videojuegos le había parecido todo un desafío. En la cocina, los gatos volcaron el agua, hartos de tener hambre. Al lado de la bacha, su hijo, en plan de lavado de platos, había chorreado agua por el suelo. Además, él había intentado entretenerlo con alguna tarea de limpieza, y el resultado había sido un tercer factor de inundación mugrienta, esta vez, proveniente de la puerta de la cocina, que contenía un chorro de agua mezclado con aceite y producto de limpieza que se venía a unir con los otros dos charcos, formando una inmundicia que era mezcla de agua, detergente, burbujas sucias y restos de comida de gato, cuando no, de virus. El contacto con el agua era algo que a Ismael lo afectaba muy negativamente. Pero lejos de perder la paciencia, fue al lavadero en busca de un trapo de piso seco, y lo aplicó en el charco asqueroso, aunque sin poder enjuagarlo, porque la bacha estaba llena de vajilla del desayuno y el almuerzo que estaba sucia aún, y lo estaría hasta el día siguiente. Ismael dejó ese trapo que fue absorbiendo agua, y con el correr del día siguió acercándose a la bacha a seguir dejando platos y cubiertos que se iban ensuciando con la merienda y la cena. Cada vez que se alejaba de la bacha, notaba en el piso el trapo húmedo, y notaba que sus pies se mojaban en el contacto con el trapo, y al mojarse, humedecían el piso de la cocina. Varias veces pasó esto, hasta que, resignado, levantó el trapo de piso y lo enjuagó en el baño y lo retiró de la cocina. Así, sin la presión del trapo, la parte húmeda del piso pudo por fin secarse. Entonces Ismael comprendió que, lo que al principio había sido una solución, pues remediaba el primer problema (el trapo de piso absorbía el agua), en una segunda instancia había sido un problema, pues al retener el agua en su densa trama, el trapo no permitía que el suelo se secase, reproduciendo así, aunque en menor medida, el problema basal que transportaba el agua: su pegajosa humedad. Es necesario entonces, pensó, tener en cuenta que a veces no hay una sola solución a una cosa, y es preciso, muchas veces, dar seguimiento a los problemas, no en búsqueda de contemplar que una solución posible se

haya aplicado sino en la búsqueda de que el problema principal se haya resuelto. Y eso implica, en algunos casos muy especiales, que la primera solución deba ser modificada a poco de ser implementada, para ser reemplazada por una nueva. Una primera solución paliativa no siempre implicará la resolución del problema. Al pensar esto, recordó entonces otro refrán que le era muy familiar: “lo atamos con alambre”. Un refrán muy gráfico que enseñaba que solucionar algo temporariamente no siempre implicaba la mejor de las soluciones. Al contrario, hasta podría ser desatinada en tanto no dejaba el estado de las cosas no tan seguro como había sido el comienzo.

¿Qué significa todo esto para mí?, se preguntó. Y al mover su pie, en un gesto de impaciencia, la suela de su pantufla zapatilla hizo un ruido de pegamento, pues tanto las cintas adhesivas con que pegaba su teléfono para sacarse nudes y compartirlas con su cuarenchica como las cintas adhesivas que Gregory había pegado por toda la casa en un intento de emular las trampas de *Mi pobre angelito* se habían quedado adheridas a la superficie del piso, incluso, hasta abajo del escritorio.

Miró la hora. Eran ya las ocho, y lo único que había hecho hasta el momento era entretenerse en pensamientos.

El mensaje era claro. Su tarea había sido descubierta y ahora debía tomar una decisión. O dejar de ser un simple colaborador y convertirse en un espía, en cuyo caso viajaría a China para recibir el entrenamiento necesario, o abandonar su misión para siempre.

Ismael sabía desde hacía un tiempo que había cámaras y micrófonos rodeando su casa, que sus movimientos eran vigilados y sus conversaciones telefónicas eran grabadas y que muy posiblemente sus correos electrónicos eran leídos. ¿Por quiénes? Por poderes transnacionales, poderes del narcotráfico y la trata de personas. Pero instruido en estos temas, y sabiendo que los documentos compartidos en que trabajaba eran documentos de máxima seguridad, no había hecho nada, no había generado ningún cambio en sus rutinas, que de hecho, eran las de una persona común, y lo

había dejado pasar. Lo que no había esperado de ninguna manera, era que alguien intentara entrar en su casa y robar sus cuadernos. Y menos aún durante la cuarentena. El mensaje era claro. Ellxs sabían de su trabajo como analista informante.

Por primera vez, Ismael se preguntó acerca de la estrecha relación entre su vida y la de su hijo. Amaba a su hijo y le había enseñado que lo más valioso que podía tener una persona era su conciencia social. Pero se preguntaba seriamente si, en el caso de que él muriera a causa de su compromiso con la justicia, su hijo al crecer sería capaz de comprender que su muerte, aunque injusta, inevitable y lamentable, había ocurrido por el mismo motivo que su lucha en vida. Se preguntaba si su muerte, a causa del trauma que podría generar en su hijo, no podría devaluar la estricta educación basada en la justicia social que le había dado.

Ser espía implicaba aceptar una residencia de escritura en China, (la coartada común de muchxs espías a lo largo y a lo ancho del mundo: ONGs, caridad, actividades de arte y curaduría de arte); recibir un entrenamiento en técnicas de espionaje que duraría tres años, y luego desaparecer de la escena pública durante cinco años más en algún país remoto hasta volver a entrar en acción, esta vez, con otro nombre... Estaba descontado que, de tomar esa decisión debería decirle adiós a su cuarenchica.

En busca de una simple evasión, imaginó cómo sería el libro que podría escribir estando en China, país en el cual, vaya paradoja, pensó con una carcajada, había comenzado el virus que hoy les mantenía en cuarentena, país en el cual, con el correr del tiempo, el virus se había retirado, lo cual le permitiría viajar, pues nada es para siempre. Entonces sin pensarlo, escribió:

Vivir en peligro nunca había sido mi costumbre, pero aquella, tarde algo en mi vida cambió, y me vi metido de lleno, en alma, corazón y cuerpo en la creación de un plan conspirativo que incluía el derrumbe de lxs enemigxs del gobierno. ¿El objetivo a corto plazo? Obtener información.

La herramienta: la seducción. ¿El objetivo a largo plazo? Escribir un libro, revelar una trama secreta. Dar el batacazo, ¿por qué no?

Y al escribir la palabra “batacazo”, inspirada en Artl, lanzó una carcajada. Últimamente todo le daba una risa que a veces rayaba la locura.

–Papá, ¿de qué te reís?

–De lo que estoy escribiendo, Greg.

–¿Papá, esa estrella, Venus, significa que ya termina el día? –preguntó Gregory.

–Sí, hijo. Ya termina el día de este lado de la Tierra. Pero antes de que llegue mañana, romperemos la cuarentena, Greg. Iremos a dormir a lo de mi amiga.

–¿Nos vamos a quedar a dormir? –preguntó el niño, entusiasmado.

–Sí. ¡Vamos! Llevemos algo de ropa para cambiarnos. Mañana nos espera un nuevo día en el planeta Tierra.

*Publicado durante abril en Cuarentena, escrituras escurridizas para la liberación de los cuerpos en cuarentena, editorial Puntos Suspensivos. Click aquí: [Queerentena](#)*

## Mínimas consecuencias afortunadas

Hoy comprendí que una razón de mi vida es poder contar cómo me hice peronista. ¿Un tanto oportunista? Sí, lo soy. ¿Qué mejor tiempo y lugar que este escenario en el Centro Cultural Kirchner para contar una historia como esta? Sin embargo, hoy no puedo contarla. Porque es una historia que no está terminada; porque es una historia que es parte de una historia mayor. Porque no tengo tiempo, porque es la una de la noche y este cuento lo leeré mañana. Porque no puedo quedarme despierto toda la noche, porque ya me quedé despierto hace una semana. Pero quiero contar algo actual, algo que me pasa por la cabeza en estos días. Quiero contar algo que tengo ganas de contar. Les contaré algo que pasó hace ya casi un año.

Hace casi un año, a principios de abril, le grité a una persona por Whatsapp, por primera vez en mi vida. Unos días más tarde, el nueve de abril, el día de mi cumpleaños, el día en que habló Judith Butler en la universidad de San Martín, yo seguía tan enojado que imaginé que escribiría un cuento. Ese cuento sería una carta, y se la dirigiría a esa persona con la que estaba indignado. Se me vino a la cabeza una frase, y la anoté en un chat privado que uso para tomar notas. La frase estaba compuesta por tres palabras: "Arruinaste mi cumpleaños". Al rato de escribirla me crucé a una amiga de un amigo, que yo solo conocía de vista porque nos habíamos cruzado en el recital de Bad Gyal. Era una chica a quien solo había saludado esa vez. Estábamos en el inmenso polideportivo de la universidad de San Martín. Yo



había ido con amigas en plan viaje de egresades. Ya habíamos incorporado la idea de que en el panel de personas que entrevistaban a Butler no habría una trans ni una lesbiana. Habíamos decidido hacer la excursión en tren, salir de Buenos Aires era la aventura. Creo que solo avanzamos dos o tres estaciones de tren, pero para nosotres, acostumbradas a circular por las cuatro avenidas, era como ser Alicias en el País de las Maravillas, yendo a tomar el té con el conejo de la galera, o sea, con Judith Butler. Mis amigas me habían entregado un regalo de cumpleaños hermoso: una campera de tela deportiva, blanca, y negra, roja y amarilla. Habíamos fumado porro y nos estábamos riendo a carcajadas de cada mosquito que volaba. Era un día de otoño perfecto, como lo ha sido desde que nací, el día de mi cumpleaños: el mejor sol de los primeros días de otoño. Habíamos hecho una larga cola para entrar, y eso nos había hecho sentir la emoción de que nuestra entrada al evento no estaba garantizada. Tomar sol fumando porro tirades en la vereda y la posibilidad de quedar afuera. Sentí como si tuviera quince años, difícil de decirlo porque es una edad que nunca tuve. Después, entramos al polideportivo, y fue obvio que el lugar era enorme y que no había posibilidad de que nadie se quedara afuera. Por lo tanto, el único drama posible de ese evento se había diluido, y solo nos quedaba escuchar a Judith. Estábamos abajo, y arriba, en las plateas superiores, infinidad de chicas hermosas nos miraban. Yo no podía verlas bien, pero me imaginaba que eran hermosas. Yo me acababa de enamorar perdidamente de una chica, y me puse a ver sus stories a ver si eso me daba la pauta de que ella estaba en el lugar. Como estaba fumado, creí que por efecto de una corriente telepática podríamos encontrarnos en ese inmenso lugar. Deseé intensamente que así sucediera, lo deseé tanto que me empecé a convencer de que realmente pasaría. De lejos creía verla de vez en cuando. Y cada vez tenía un poco de miedo y alivio cuando no era. Acorde a la edad mental que había asumido, los quince años, y como si estuviéramos en un acto escolar, muy pronto me empecé a aburrir. Una de nuestras amigas, como era una intelectual seguidora de Judith de pronto se dio cuenta de que nuestro grupo era muy bochinero y decidió sentarse

sola para no pasar vergüenza. Actos de las amistades que pueden ser el comienzo de una discreta decepción. No me quedó más remedio que entretenerme poniéndome mi regalo, la nueva campera. Detesto probarme ropa. Me gusta ponerme la ropa o sacarme la ropa: no probármela. Enamorado de la hermosa campera, me la puse, descartando en el acto cualquier cambio posible, aunque evidentemente me quedaba enorme de mangas. Creyendo tal vez que esa prenda me hacía inmune a los papelones, me acosté arriba de mis amigas, y me mandé un par de payasadas más. Ya no me quedaba más nada para hacer que escuchar a Butler, que justo en ese momento comenzó a charlarnos en inglés. Me pasó algo que me suele suceder en general, y es que cuando no estoy seguro de entender algo, invento una parte de lo que no me quedó claro, de manera que al rato de escuchar a Judith me pareció que todo lo que estaba diciendo era súper obvio, y me pareció que si eso era lo que sentía, seguramente era una señal de que no estaba entendiendo nada. ¿Para qué escucharla si puedo leerla? me pregunté. La cara que puse al sentir eso seguro hizo que mi amiga que más sabe inglés me preguntara, con piedad: ¿Estás entendiendo? Y se lamentara de que la traducción no fuera muy buena. No sé qué respondí. Pero en ese momento, me di vuelta, y en la gradas de arriba divisé a esta amiga de un amigo que me había cruzado en el recital de Bad Gyal. Decidí ir a saludarla, porque sí, o mejor dicho, porque me caía bien. Bien drogado, empiezo a caminar hacia las escaleras que me llevan a esas gradas, y para eso tengo que dar un rodeo y alejarme del sonido de la voz amplificada de Judith. Mientras subo las escaleras, el porro se me sube a la cabeza, la escalera está vacía por completo y es de color gris y de cemento. En esa especie de tubo siento que la voz de Judith retumba cerca de mí y empiezo a tener la certeza de que cuando llegue al final de esas escaleras voy a desembocar exactamente en el escenario iluminado donde está Judith. Que voy a sentarme y que me va a tocar hacerle una pregunta frente a las mil personas que están ahí, entre las cuales podría estar la chica que me gusta. Le preguntaré lo que deseo preguntarle desde hace tiempo: si cree que la imaginación sirve para algo o es un gran engaño del capitalismo.

Siento un calor inmenso que me recorre el cuerpo, es la adrenalina (droga natural que les recomiendo fervientemente), y cuando piso el último escalón y me impulso para ir a confirmar con Judith que la imaginación es un engaño del capitalismo, termino de comprender que tuve un flash, que no estoy en el escenario, que sigo del lado del público. Con bastante energía, camino hacia donde está la chica a la que quiero saludar. Camino tan rápido que me paso de largo. Después que la paso de largo, empiezo a darme cuenta de que estoy despistado, giro y miro para atrás, y veo que ella asoma la cabeza mirándome con curiosidad, y eso me da risa. Vivir vale la pena, pienso. Vuelvo atrás, me siento al lado de ella y la saludo. Y nomás al sentarme, ya vuelve a mí el odio insoportable que siento contra la persona con la que me acabo de pelear por Whatsapp. Le explico a mi nueva amiga que estoy furioso, que acabo de pelearme a muerte con mi editora. Saco el celular del bolsillo y le señalo la frase que escribí, diciéndole: "Tanto es así que acabo de escribir esta frase: Arruinaste mi cumpleaños", le leo. Ella se ríe y enseguida le aclaro que no es cierto: que esa persona es una infeliz y que es imposible que una persona infeliz arruine mi cumpleaños. "Pero tengo mi audio guardado, el audio en que le grité", le aclaro. "Y un día voy a hacer una obra de teatro y lo voy a amplificar para que todo el público lo escuche", dije. Yo estaba orgulloso de haberme peleado con alguien por primera vez en mi vida. Estaba sacado e inquieto, y fue claro que no había más aventuras posibles, o mejor dicho, sí: mi aventura sería abandonar el polideportivo antes que nadie, volver a Buenos Aires e ir a buscar a Gregorio. Así que nunca le conté a mi amiga lo que me había pasado con mi editora para enojarme tanto. De hecho, ella no es mi amiga, pero nos seguimos cruzando y nos saludamos. Y de hecho, nunca creí que realmente usaría esa frase en un cuento o en una carta dirigida a mi editora. La escribí porque me parecía una frase potente y me gustaba imaginar que un cuento así podía existir. Sin embargo, la imaginación era una mera prótesis a la que yo no me sometí. Porque en realidad, era claro que no podía dedicarle un relato a una persona tan vana como esa editora, que había cometido una serie de faltas de respeto encadenadas, en primer lugar, no habiéndome pagado la

cerveza cuando me citó por primera vez para pedirme un texto, habiendo dejado que su socia se presentara tarde y se fuera a los veinte minutos de llegar a mi casa con la excusa de que su madre le había enviado un taxi para pasarla a buscar, en la segunda y última reunión que tuvimos para acordar la edición de libro; habiéndose resistido al uso del control de cambios para editar el texto, proponiendo en lugar de eso hacer todos los cambios sin que yo tuviera acceso a ellos; habiendo, luego de leer el mail que le envié con un instructivo para usar el control de cambios, puesto su lugar de editora por sobre mi lugar de escritor sugiriéndome usar comas en lugar de puntos y comas en una abundante cantidad de oraciones en las que la coma no era de uso obligatorio, promoviendo así derribar la diversidad de signos de puntuación de mis cuentos, una de las claves de mi estilo; habiéndose montado en el rol de editora cuando le señalé semejante error de criterio, respondiéndome que era necesario que yo aceptara cualquier corrección sintáctica bien hecha, pues la calidad de ese libro corría, en última instancia, a cuenta de la editorial, “editorial” dicho como si estuviera escrito con mayúscula, a lo cual, por supuesto, respondí educadamente de manera afirmativa; habiendo ella compartido la edición del manuscrito en un documento compartido con su otra socia sin habérmelo avisado, socia que, en la mitad del texto había comenzado a meter errores, es decir, a tomar palabras bien escritas y cambiarlas por palabras mal escritas, proponiendo, por ejemplo, que la palabra *náusea* no tuviera acento; habiéndose luego negado a aceptar el error y a pedir disculpas por poner a una extraña editora a corregir un texto sin que yo lo supiera y negándose a aceptar que todo ese proceso no lograba más que hacernos perder tiempo a todas y entorpecer el proceso editorial; habiendo afirmado que yo no tenía derecho a decir nada ni a exigir nada ni a enojarme porque la socia en cuestión era “su amiga”; habiendo callado durante cuatro días sin responder a mi audio por whatsapp en el que yo le gritaba: “Me chupa un huevo publicar un libro”; habiendo enviado a la socia mala correctora a pedir disculpas por su error por mail en lugar de afrontar mi reclamo; habiéndose negado a tener una conversación en persona aduciendo que nunca “ningún autor” la había

tratado así; mostrándose incapaz de comprender que antes que un autor yo era una persona y que antes que ser una editora con su pequeño poder ella era en realidad, una editora que me había venido a pedir a mí que yo le entregara un texto para publicar en su editorial, y que por lo tanto no podía montarse en un tobogán de abuso de poder porque ese tobogán no tenía ningún basamento con la realidad; habiéndose negado a darse cuenta de lo risible de ese planteo, ya que, como editora, ella había publicado solamente cuatro libros en su vida, y por lo tanto, si yo la había tratado mal, el porcentaje de autoras que la habían tratado mal en toda su vida era de un veinticinco por ciento, cifra que me parecía bastante alta de por sí, y que luego, mediante una simple encuesta al resto de las autoras terminó por arrojar que si ellas hubieran tenido ganas de mandarla a callar, el porcentaje de autoras que la hubieran tratado mal hubiera sido de un cien por ciento; habiendo, por fin, manifestado que mi tratamiento hormonal era la causa de que yo le hubiera expresado con firmeza en alta voz que me chupaba un huevo publicar un libro; y por último, luego de la pelea, habiendo manifestado que no había entendido nada de lo que yo le había dicho, pues cuando le comenté que respetaría la palabra dada de editar con ella ese libro pero que era necesario tomarnos un tiempo para descansar del mal trago, ella me respondió: Volvé a escribirme cuando quieras; y cuando yo le respondí: “No: Vos me vas a volver a escribir a mí. Porque la que quiere publicar este libro sos vos. No yo. Y este es el quid de la cuestión”, y ella me respondió: “Hubiera sido mejor haberlo sabido antes”, asumiendo, sin darse cuenta, su deseo de poder asfixiante, sin ser consciente de él. No. No puedo hablarle a ella. Pues ¿cómo es posible hablarle a una persona que no es capaz de verte o escucharte?

Me preguntaba, mientras escribía esto, qué intención había tenido Lemebel cuando escribió su famoso poema “Yo hablo por mi diferencia”, hablándoles a los compañeros de izquierda acerca de lo que significa ser una marika. Intervino en un acto de la izquierda con ese poema en que les tira en la cara lo infausto de su ideología. Siempre recuerdo una pregunta que me hizo una profesora en un examen final de Literatura Argentina I. Me preguntó a

quién le hablaba Sarmiento en el *Facundo*. Le respondí que a Rosas. La profesora me dijo: Sarmiento le habla a Europa.

¿Quién es el interlocutor en un texto? Esa es una buena pregunta. Se supone que en un texto, los interlocutores son infinitos. Se supone que esa es la diferencia con la palabra oral. Pero si bien teóricamente lxs interlocutorxs son infinitos, existe, para cada contexto, un interlocutor dado. Entiendo que un texto es la memoria en contexto con fe en un contexto futuro. Dudo que Lemebel haya confiado en que esa gente de la izquierda pudiera entender algo. Pero intervino y nos dejó ese mensaje a les que vinimos después, o a aquellos contemporáneos que sí podrían hacer algo con ese extraordinario poema: reproducirlo, tenerlo en sus vidas para sentir el apoyo de la poesía en medio de un mundo absolutamente adverso donde un partido político que se cree justo, es en realidad, tan opresor como el imperialismo yanqui al que critica. ¿Será tal vez que había alguna coincidencia, entre Lemebel y la izquierda y que por eso se dignó a dirigirse a ellos? Había habido, claramente, la coincidencia de ser antiderechas, sin embargo el poema señala que esa coincidencia ya no era suficiente, y la alianza se rompía por el hilo fino de la existencia marica. Alguien que sepa historia y política de Chile podría analizarlo mejor. Me pregunto qué pensaría Judith de este poema; supongo que la respuesta ya está escrita en *El beso de la mujer araña*: algunas alianzas, como las de una marika y un montonero duran lo que dura el tiempo en que una opresión mayor las condensa. Y mientras pienso en esto, observo esos libros, *Cuerpos aliados y lucha política* y *El beso de la mujer araña*, libro con el que anoche, mientras charlaba por teléfono con una amiga, maté un mosquito, libro que tal vez me salvó de contagiarme el dengue, como le pasó a Paula. Gracias Judith Butler y Manuel Puig por mi buena salud. Mínimas consecuencias afortunadas e inesperadas, inimaginables, producto de la publicación de sus libros.

En resumen, me hago cargo de mi odio. No puedo hablarle a esa editora, porque no puedo rescatar nada positivo de su persona, porque ella ha

negado mi existencia. Cuando nos peleamos, cuando nos gritamos, puede sonar horrible. Sin embargo, quisiera recordar que cuando la gente grita es porque siente que no la están oyendo. Yo me he recostado en un poste, o contra un pizarrón, escuchando a dos compañeros gritar o discutir por sus diferencias y no he intervenido. Pero sí he intervenido firmemente en contra de aquellas personas que pretendían pacificarlas y acallarlas en su expresión. Estigmatizar la violencia cuando la violencia surge de una emergencia por el reconocimiento de una existencia es ser neutral. Y ser neutral es estar del lado del opresor.

Por eso yo celebré pelearme en alta voz. Y hoy, gracias a eso, puedo reflexionar también en las veces en que usé la escritura, es decir, no la voz de mi cuerpo sino la letra, con fines de protesta, lucha y denuncia. Recuerdo las primeras tres veces, todas a los diez años. La maestra nos pidió que describiéramos un animal, y elegí el pingüino. “El pingüino, de brillante color blanco y negro, es un animal elegante. Las personas, al usar smoking, intentan imitarlo, sin lograrlo en absoluto”. La profesora leyó mi párrafo y me comentó: “I, vos no tenés paz con nadie”. La segunda vez, escribí una carta a la directora para quejarme de que las maestras nos llamaran “indios” peyorativamente. Me parecía, comenté, que tanto nosotros como los indios estábamos recibiendo un trato inadecuado en esa escuela. La tercera vez, escribí la siguiente nota anónima a la maestra: “Marcos anda diciendo que nos quiere violar”. Como nuestra aula tenía cuarto y quinto grado compartido y había dos Marcos, uno en cada grado, recuerdo cuando la maestra leyó la nota y miró al Marcos de cuarto grado en lugar de al Marcos de quinto, y sentí una especie de temor y de asombro de que la señorita no se diera cuenta enseguida de cuál era el Marcos que nos agredía, tal vez, pienso ahora, porque el Marcos de cuarto grado era blanco, y para la señorita el blanco estaba primero, y el otro Marcos, que no era blanco, tenía una existencia menor. En esas tres ocasiones no podía hablar, pero le escribí a la gente que tenía más poder que yo.

Pero hubo otra vez, hace un tiempo, en que yo me peleé con una persona por Whatsapp y le escribí una cantidad de cosas terribles, que me dejaron

herido por haber herido. Y hoy creo que es una buena oportunidad para dirigirme a ella en voz alta. Para vos, Bianca. Te voy a contar lo que me pasó esa vez en que éramos tres encargadas de redactar la versión final de un documento que incluía reivindicaciones de diferentes colectivos feministas. Quizás te diste cuenta: yo estaba convencido de que, de las tres, yo era la persona que más inodoros había limpiado en su vida, por decirlo de alguna manera. Sabés que yo había decidido quedarme hasta el final de la redacción de ese documento en defensa de varios párrafos que quería cuidar, referidos a personas travestis, trans, no binaries, lesbianas, gordes, sordas, personas con discapacidad y afrodescendientes. Esa vez, tan tarde en la noche, trabajamos las tres cada una desde su casa, con ese extenso documento compartido, que tratábamos de acortar dentro de lo posible. Y ni bien empezamos la redacción, noté que vos, que pertenecía a una organización peronista, agregabas abundantes párrafos e insertaba consignas que claramente buscaban movilizar a las grandes masas de jóvenes que habían luchado por el aborto legal. Y mientras yo trataba de reducir el documento, vos, absolutamente imbuida de representar esas demandas, te despachabas con frases como: “Somos las hijas de todas las brujas que nunca pudiste quemar”, a pesar de que yo te había señalado la matriz heterosexual que implicaba basar una lucha compartida en meros lazos de sangre, con el agravante, además, de insertar semejante frase en un documento donde se pedía por el aborto legal. Pero vos me ignorabas, y seguías con firuletes de esta calaña: viva las jóvenes históricas, viva nuestra danza alrededor de las ollas populares, las luchas históricas (todo repetido, sí) para pedir viandas estudiantiles, aquellas jóvenes que empuñaron el pañuelo verde.... Yo te preguntaba de qué danza estabas hablando y te pedía que por favor blanquearas tus intenciones. Vos negabas que esos párrafos los acababas de crear, y afirmabas que esos párrafos ya estaban previamente en el documento, a lo que yo te respondía: Bianca, si esos párrafos con palabras tan mal usadas y tan horribles hubieran estado previamente en este documento, yo, que vengo leyéndolo desde hace varios días, te juro que me acordaría. Y en ese tire y afloje, decidí esperar,



pero en un momento dado, Bianca, junto con la otra redactora, de manera temeraria eliminaron un párrafo donde las sordas pedían por la lengua de señas en instituciones del Estado, y eso fue el acabose. Al ver esto, la sangre se me subió a la cabeza, y cursor contra cursor te comuniqué que yo no había nacido para policía y que no me retiraba de la edición de un documento tan ilegítimo porque estaba al cuidado de ciertos contenidos, pero que te estabas equivocando gravemente. A partir de ese momento, reconozco, te traté bastante mal. No dejé de presionarte párrafo a párrafo, obligándote a limitar tu espantosa jeringoza en lo que, para vos, en tu sincero corazón blanco de clase media y zapatillas all star, representaba al feminismo popular. Te dije cosas como: “Bianca, ese párrafo es intragable. Ese párrafo es horrible. Bianca, hay que mejorar eso; esto una sopa imposible de tomar”.

Más tarde, hablando con una amiga, intenté recomponer la razón por la cual yo me había quedado en ese espacio, más allá de la necesidad de proteger esas consignas. La respuesta es doble. Por un lado, la escritura es mi lugar, es un escenario del cual no me voy a bajar. Es un lugar muy valioso, como ya he contado en otras ocasiones, es estar ausente y presente al mismo tiempo.... Por otro lado, lo mismo que le pasó a Lemebel con la izquierda, me pasa a mí con vos, Bianca. Y creo que todo esto lo sabés. Pero lo que no te dije nunca es algo que pude decirle a un amigo con mi voz en una conversación telefónica. Y hoy me gustaría decírtelo, estés donde estés, compañera. Quiero decirte a vos y a todas las personas que, como vos y como yo están convencidas de que el peronismo es justicia social: yo también soy peronista, compañera. Y tenemos muchas trans, travas, lesbianas, no binaries, sordas, gordas, que estamos enlazados en una conversación que también es política. Quiero cerrar esta historia, Bianca, con un mensaje para vos y para todos los compañeres. Y esta es una de las últimas frases que te escribí en ese grupo de Whatsapp, después de haberte dirigido aquellas palabras ofensivas, pero es una frase a la que me respondiste con un corazón: Nosotras también somos peronistas. Y el peronismo nos merece.

*Leído en el CCK, 11 de marzo de 2020*

## **El ligero y dulce sonido del placer**

*A Marian*

Todavía me caen de la cabeza granos de arena de la playa y también veo por acá granos de arroz derramados en cascada sobre el piso de madera. Lunes, once y cuarenta y uno de la noche... Qué alegría estar acá. Tenía que estudiar para la clase del jueves, pero me desvié de la tarea. Di vueltas dos horas hasta ponerme a escribirte, porque tenía distracciones. ¿La principal? Que nos pasamos como una hora chusmeando. Cuando corté el teléfono, te dije: "Corto ahora, o este teléfono caliente me va a explotar en la oreja". Hacen cuarenta grados, y la brisa del río no se atreve a mostrarse. "Me va a explotar en la oreja el teléfono, Marian", te dije. "Y aparte, voy a cortar, porque que me tengo que poner a escribir el cuento sobre vos". Y mientras chusmeábamos, me dijiste que le ibas a dar *like* a la publicación donde yo comentaba que el viernes en Brandon iba a leer un cuento dedicado a explicar por qué sos tan genial. Y me dijiste que estabas escribiendo: "Honor. Espero estar a la altura de la ficción". Me lo dijiste por teléfono, a mí, en el momento en que escribías un mensaje dedicado a mí. Como si una sola vía para comunicarnos no fuera suficiente. Me sentí doblemente tocado por esas palabras. Y me dio risa. Reír: una función primordial de nuestra amistad... Y ahora me tengo que poner a

escribir. ¿Qué puedo decir? Te diría que yo también espero estar a la altura... Igual tuve que dejar pasar largo rato, dejar que las cosas del mundo, que las personas de las que hablamos, casi todas amigas, o chicas muy lindas y buenas, se alejaran, por simple efecto del tiempo. Un poco de birra, hojear alguna tapa de revista Viva, alguna nota acerca del feminismo, descubrir que la última novedad de Planeta es una crónica escrita por una chica trans, guardar en un tupper la comida que sobró, hacer como que me tiro a dormir y levantarme por temor a que la computadora se apague sola y no la pueda volver a prender.. Y así, de a poco, conectarme con esto. Y casi casi, casi, pero casi, no recordaba las cosas que pensé hoy al volver a casa en bicicleta, pedaleando como un rey en el asfalto caliente, después de que charlamos por teléfono de asuntos importantes, mucho antes, al comienzo de la tarde, cuando salí de la psicóloga. Y en medio de la charla me preguntaste: ¿Estás en tu casa, ya? Y te respondí: “No, hace veinte minutos que estoy acá sentado en la bici, apoyado contra un poste, en la esquina de mi psicóloga”. Y al rato corté, porque me pareció que no daba seguir plantado en esa esquina y que mi psicóloga saliera y me viera que había estado en esa esquina, hablando por teléfono durante una hora. “Pasa que quiero tomar aire un rato, antes de volver a casa”, te dije. Y al cortar, y agarrar velocidad en la bici, venía ilusionado con el panorama despejado de este documento en blanco.

Anoche, una noche de de domingo de insomnio e inquietud, porque al día siguiente me reincorporaba al trabajo luego de una semana de vacaciones, pensé en vos y te escribí un poema diciéndote, que como no tenía energía para prender la pc, te escribiría un poema corto en vez de un cuento. ¿Cómo pude creer que me saldría escribir un poema? Y lo mejor es que, mientras lo escribía estaba convencido de que el poema estaba bien, y lo pensaba mientras que cada verso que anotaba, en vez de ser un verso, se iba cayendo del renglón, como una catarata, y eran palabras que se derramaban arrastrándose entre sí, palabra necesarias para establecer las conexiones de tiempo y lógica que por su ley caprichosa hacen imposible que alguna

imagen bella pueda aparecer porque sí así nomás; palabras a las cuales naturalmente recurría yo para explicar la importancia de tu existencia... En ese falso poema, te decía muchas de las cosas que ahora diré, aunque de otra manera. Te las decía en la cama, con un cuadernito azul sobre una almohada sobre mis piernas, y las decía desahuciado por el temor de morir de aburrimiento en la oficina al otro día. En cambio, ahora que es lunes, prendo la computadora y espero que se haga medianoche y retomo mirar la pantalla, que es lo que estuve haciendo todo el día en la oficina, pero ahora lo hago con el agrado de saber que esta vez sí, esta vez llegó la hora de que un rato de mi vida tenga sentido y por eso, claro, también te agradezco.

La otra noche, en Mar Azul, mientras le comentaba a tu novia lo genial que sos, también le dije que no era justa esa descripción, que mejor sería escribir un largo cuento para desarrollar esta idea, y la promesa me lanzó a esta aventura que hace tiempo venía deseando. Y para no olvidarme de lo que estuve pensando, anoto por acá: hablaré de tu voz y de tu piel aterciopelada, de cómo en tu garganta la saliva diamante, diluida en una pastilla de menta para remediar la ronquera, suena como un arroyo de cristal; diré que tan central como una perla es la cadena que la transforma en gargantilla, y por último, me preguntaré cómo será posible que una persona pueda hablar dulcemente, aún cuando no esté enamorada.

A veces les digo a otras amigas que tu existencia debería estar subvencionada por el Estado. El Estado debería pagarte una pensión graciable, o como se llame, una AUM: asignación universal para Marian, porque tu existencia beneficia a mucha gente, a muchas más de lo que ninguna persona que conozco beneficia, incluyendo cualquier ídolx de rock. Beneficios claros, concretos, tangibles, contantes, sonantes, efectivos, eso es lo que aporta tu ser en la vida de muchas personas... Como soberana del Palacio Milberg, sos la persona que está en el centro de grandes banquetes y agasajos, rodeada de comidas bebidas exóticas, elixires, gualichos, delicadas y perfumadas flores de cerezo natural; como dueña de la pelopincho, sos la anfitriona de las fiestas de lesbianas que de verdad cogen

en la pelopincho, sin un gesto de videoclip de Gancia ... Sos la que se sienta en una mesa de negociación sin negociar ninguna deuda, dejando que otros lo hagan, y al retirarte de la sala, el polvo de linyera que trajiste se volvió oro. Sos la que conecta a la tatuadora con el vendedor de viandas veganas, la que presta el equipo de música para los cumpleaños, la que consigue la casa donde quedarse en el encontrolazo; la que tiene el número del remis, estemos en el pueblo en que estemos; sos la que festeja el cumple con el amigo trolo antes de que la palabra trolo esté en una gorrita de purpurina, sos la que mete la pata y nunca lo reconocerá, o mejor dicho, primero lo reconocerá y a los dos minutos se hará la distraída mientras afirma que reconoce su papelón plenamente pero que no lo es tal y no piensa hacerse cargo de él. Sos la persona gracias a cuyos desmadres la gente debe ponerse a conversar acerca de lo que está bien y lo que está mal sin que sea necesaria tu participación en esos quehaceres que te incumben al tiempo que parecen derramarse sobre tu piel aterciopelada sin dejar rastros... Le conseguís trabajo, pieza y novias a las amigas. Pintás murales de fútbol en las plazas, te disfrazás de almohadón para un videoclip, y aunque detestás a tu gata, y a Polpot, el perro oloriento y sucio que vive en tu casa, le hablás con dulzura incluso cuando le gritás y manifestás que no lo aguantás más, se lo decís de manera dulce. Me han dicho que tu voz es muy sexi en los audios. En lo personal, arreglaste mi computadora, lo cual es un montón. Y organizaste el evento al que fui dispuesto a convertirme en lesbiana, y lo logré. Y cuando me separé de mi primera novia y creía que me iba a morir, pasé muchas noches de verano en tu terraza escribiendo una serie de youtube sobre amigas lesbianas que juegan al fútbol. ¿La verdad? Nos reímos mucho, muchísimo, con muuuuchas carcajadas, en especial cuando describo a alguna chica con características exageradas; una vez te dije que una chica tenía la cara de un pollito que fue aplastado en su huevo antes de nacer, y te reíste a carcajadas, y me dijiste: "hijo de yuta", pero bien que te reías, y bueno, a esa chica la queremos un montón, y con el tiempo, del brazo con ella, circulamos por los bailes mirando chicas y riéndonos, lo cual no quita que entre vos y yo, por graficar en detalle la manera de ser y de lucir

de las personas, a veces nos preguntemos, o mejor dicho, te preguntes, che, pero qué dirá la gente de nosotras, y en ese momento aparece una risa muy fuerte, que se distingue en mayúsculas en WA, la risa más fuerte que leí en mi vida, al toque decimos: qué importa lo que digan: JA JA JA.

No te llamo hermana porque creo que los lazos de sangre son mera casualidad del pasado, mientras que la amistad es un amor del futuro. Gracias a estos desbordes te digo muy seguido que te quiero. Hoy es el momento afinar la puntería y decirte que te amo. Tal vez, abrazar y acariciar y decir te amo sea algo que debamos practicar con más frecuencia.

Pero todo esto es vago y abstracto, y no explica ni un poco lo que quiero decir. Quizás deba contar lo que pasó en las vacaciones. Acabamos de volver de Mar Azul. No fuimos juntas. Vos fuiste con Ana y sus amigas, y yo fui con Gregorio. Por total casualidad, viajamos la misma semana a ese pueblo de calles de arena y Toyotas que ruedan día y noche en cámara lenta, como orugas sin ninguna experiencia de la vida. Al principio te alegraste mucho de que coincidiéramos: Nos cruzaremos todas en la playa, dijiste. No, no no, dije yo. No nos cruzaremos. Yo voy en plan familiar, Gregorio jugará en la playa y yo leeré un libro. Qué divertido, afirmaste otra vez. Seguro nos vamos a cruzar. “No, Marian! dije yo. No tengo ganas. Cruzar diálogos con la gente, incluyendo preguntas y respuestas, guitarras, cantos y hasta tal vez algún perro, no está calculado en mi viaje, afirmé. “Dale”, insististe... No seas amargo. “No, no y no... Tenés que entenderlo! ¿No ves que estoy re bajón?” Ya de por sí era malo tener que irme de Buenos Aires, no tener computadora, ni mis cosas, ni mi casa, mi barrio ni mi pc. Sin mi pc, porque no tengo notebook, y encima hacía como tres semanas que me tocaba ponerme la inyección de Nebido y no lo había hecho, a propósito, a ver si lograba aprender a hacerlo por mi cuenta y estaba andando con las jeringas y el paquete de Nebido de acá para allá sin animarme a pincharme. Bueno, bueno, dijiste. Está bien. Y yo sabía que lo que te había dicho te estaba entrando por un oído y te salía por el otro. No porque no te importe mi

opinión sino porque pensabas que tu manera de pensar era más adecuada a mis necesidades vitales. O sea, pensabas que vos tenías razón, y no yo... Nada nuevo bajo el sol.

Así fue que el primer y el segundo día ni nos escribimos. Creo que fue el tercer día que intercambiamos mensajes. Creyendo que era cortés preguntarte por tu estadía, (la estadía de mi amiga que paraba en la misma ciudad que yo), te pregunté, por Whatsapp: ¿Cómo va amiga, estás acá, en Mar azul? A lo que inmediatamente (velocidad por Whatsapp, otra de las grandes virtudes de tu persona) contestaste: Sí, estoy acá, ¿vos dónde estás?" En la playa y la 37, dije yo. Ah, yo estoy en la 36, dijiste. ¿Estamos a una cuadra de distancia? Y a continuación compartiste ubicación y yo, con gran resignación, apreté click y te compartí la mía. No estábamos a una cuadra: estábamos a diez pasos de distancia. El mal ya está hecho, pensé. Ahora, una verdadera legión de lesbianas se aproximará a mí, justo en el momento en que Gre se acaba de hacer un amiguito y yo por fin puedo leer un rato! A los pocos minutos apareciste para saludarme. Un fuerte abrazo, mucha felicidad de vernos... breves intercambios por un rato. Luego, discretamente, volviste a tu sombrilla azul. Al pasar diez minutos me pareció desconsiderado no ir a saludar a tu novia y a la legión lesbiana que las acompañaba. Me acerqué y vi que solo había dos lesbianas bajo la sombrilla: Ana y Mariana. Tan solo dos.... Saludé y volví corriendo sobre la arena caliente a reencontrarme con mi libro y con la reposera. Literalmente, diez pasos nos separaban. "Chicas", mandé un mensaje al grupo, recuento queer de la playa: tres lesbianas, dos pibes trans (pues Moyi andaba por ahí, me habían dicho), travas, ninguna y maricas tampoco. Y así pasó otro día. Te fuiste a Gesell, a intentar convencer a Ruana de que la soledad no vale la pena y que es más divertido juntarse con gente. Pero aún no lo lograbas. El miércoles estuvo nublado. El frío, el hecho de que en cas de cortó internet y las ganas de tomar mate hicieron que te escribiera desde el bosque en que nos habíamos refugiado, y con Gregorio fuimos a visitarte. Ahora el grupo de amigas había aumentado y desayunaban muy panchas. La mala suerte quiso que le hicieras un chiste desafortunado a Gregorio. Cuando quiso

tocar la alarma, le dijiste: No toques la alarma, o si no, te atamos. Eso provocó una ofensa terrible y tuvimos que volver a casa. Caminamos por la calle junto a Marian la amiga de Ana, que iba al mercado, y a la que Gregorio le dijo que la detestaba simplemente porque se llamaba igual que vos. Y mientras ella nos contaba que iba a comprar para hacer una torta, intentó convencer a Gregorio de almorzar pasta con tuco. Y Gre no sabía lo que era el tuco. Entonces me inquieté y me pregunté: ¿Qué educación le estoy dando a mi hijo? Le dije con orgullo que el tuco era lo mismo que la salsa, pero con carne. Y cruzando por el bosque, Gregorio y yo volvimos a casa. Por suerte volvió internet, Gregorio y yo pasamos largo rato viendo Clarence, y luego entre nosotras chateamos: qué desastre. “Gregorio sigue ofendido”, te expliqué. “Démosle un tiempo”. Y al rato, súbitamente inspirado, recordé el paquete de Nebido y te pregunte: “Che, por allá hay alguien que sepa poner inyecciones?” Instantáneamente respondiste. “Sí, Marian, sabe”. Bingo. “Listo. Mañana le diré a Gregorio que precisamos ir a verte para que Marian la enfermera me coloque la inyección, y con esa excusa más el permiso de jugar videojuegos, se irá reconciliando”. Así fue que al otro día fuimos a tu casa, pero no estabas. Te habías ido a Gesell nuevamente a buscar a Ruana para atraerla al grupo. Eso me dio la oportunidad de charlar un rato a solas con tu novia, e irle transmitiendo a mi manera que su flamante novia era un ser excepcional. Allí pasó algo lindo, que fue que vimos un gato subido al árbol muy, muy alto. Mientras, Marian la enfermera, que ese día haría asado, dormía en un colchón con el perro pitbull de otra de otra de las amigas. Al rato llegaste con Ruana, y cuando Marian la enfermera se levantó de la siesta, sacó de la heladera una torta de manzana y enseguida me ofreció ponerme la inyección, pero yo le dije, Dejá, tomemos unos mates, y comamos esta torta de manzana. Luego, mientras ella atizaba las brasas del fuego, le pregunté: Así que vos sabés poner inyecciones... Cómo es que aprendiste? Y ella me respondió: Yo les pongo inyecciones a mis perros.... Si eso te sirve”. Yo no dije una palabra, y me empecé a imaginar la diferencia que podría haber entre ponerle una inyección a su perro y ponérmela a mí y me dio risa. A lo peor, pensé, me inyecta la droga en el torrente sanguíneo



en vez de en el músculo. Qué puede pasar. Seguro sabe hacerlo muy bien, pero es tan humilde que no me lo dice, pensé. Otra cosa que podría pasar, pensé, es que como hace tres semanas ando con esta droga de acá para allá, y hace mucho calor, y la expuse a más de 25 grados, se haya echado a perder, y me termine muriendo, pero bueno, qué tan mala suerte puedo tener. Probemos.

A los minutos Gregorio se hartó, le dio sueño y no le gustó la guitarreada folclórica y nos tuvimos que volver a casa. Yo, agradecido, porque tampoco soy fan de la guitarreada. Eso sí, Marian, me fui con la impresión de que el folclore lo cantás y lo bailás como nadie. Cuando nos fuimos, Marian la enfermera nos invitó al otro día a comer pastas. Al volver a casa, no guardé la droga en la heladera sino que la dejé en la mochila. Mañana este paquete estará lleno de arena, pensé. Miré el tubito... El largo prospecto, que luego de chequear el dato de la temperatura había dejado todo abollado así nomás... Esta botellita con este largo mensaje, pensé me salvará del naufragio.

Al otro día, volviste a Gesell en busca de Ruana. Abnegada amiga si las hay. Por la noche, fuimos a tu casa. La tercera es la vencida, pensé. Gregorio, muy satisfecho con su performance en videojuegos, probó tarta. Un amigo, un puto hermoso de origen italiano amasaba pastas caseras; el resto cantaba a Ricky Martin a todos lo que daba. Y si bien una de las amigas tenía un pitbull, un perro que me da pánico, el pitbull no nos había devorado, lo cual daba la pauta de que todo estaba bien. Marian la enfermera, en medio del living, me dijo: "Bueno. Ahora es el momento". Mientras las chicas cantaban: Vente pa acá, subimos las escaleras y me acosté en la cama matrimonial. Marian preparó la inyección. Le comenté que no había respetado la temperatura. Acordamos que nada grave podía pasar. Quizás, acepté mentalmente, esta inyección sea muy diferente a como me las da Neu. La primera casi ni la sentí; la segunda casi que tampoco. Debo confesar que por timidez, por no conocer tanto a Marian la enfermera, le iba a decir que me la diera en la pierna y no en el culo pero lo cierto es que en las nalgas duele menos, o al menos eso se dice, así que me resigné y me bajé los calzoncillos. Y luego de

un rato bastante largo en que Marian iba pasando la espesa droga a la inyección, por fin... me pinchó. La aguja se sintió ancha como si fuera un punzón y mi culo un cartón. Pero la droga, indudablemente, estaba entrando en mi cuerpo. Todo estaba bien. Comprendí que el pitbull no se comería a mi hijo mientras yo me daba la inyección, que Gregorio no se caería de la ventana del baño a la que había tomado la costumbre de treparse, que la tv no se le caería en la cabeza mientras saltaba en el colchón al ritmo de Ricky Martin, que una chispa del fuego de la parrilla que habían prendido las chicas por diversión no quemaría su cara, que vos ibas a dejarlo jugar videojuegos en paz sin motivarlo a ningún tipo de intercambio que le provocara el llanto. Todo eso no lo comprendí, en realidad... No lo pensé. En realidad solo respiré muy profundo, abandonando la vaga pesadilla nocturna de estar sin cobertura, de haberme olvidado de colocarme la droga, de estar a la deriva. "Me da mucho placer que la droga entre en mi cuerpo", le comenté a Marian la enfermera. Hablé muy dulcemente, no digo afeminado porque se entiende que la dulzura no puede ser atributo privativo de un género, digo "dulcemente", sin otro adjetivo que el adjetivo mismo. Y me sorprendió hablar así. Me puse a pensar que tal vez pudiera replicar esa manera de hablar, y lograr que con mi nuevo tono de voz amable que Gregorio aceptara por fin ponerse el protector solar y evitar así que su piel se caiga, hecha harapos a causa de los dañinos rayos ultravioletas, pero en realidad, como digo, no lo pensé, sino que respiré, y mis pulmones se expandieron y con ese aire que salió de mi pecho se escuchó el ligero y dulce sonido del placer. Recuerdo ahora una escena que ya conté un día, de cuando nació Gregorio y lo llevaron a lavarlo, y el obstetra se fue corriendo a otro parto, y todes se fueron, excepto una dulce enfermera, bañada de luz, solo ella se quedó conmigo, me agarró la mano, me acarició la frente; la caricia más dulce que recibí en toda mi vida, bajo el cálido efecto de la anestesia, sentí que yo nacía a partir de esa caricia, me di cuenta de que era era la primera caricia que yo recibía luego de haber acariciado yo mismo, con mis labios, apenas, a ese ser, mi hijo, que acababa de aparecer desde adentro mío, entonces Marian la enfermera dijo: "Ya

está". Y un dolor dulce e intenso como el de un aguijón se empezó a derramar por adentro del músculo. Entonces Marian tiró la aguja y yo le dije que me iba a guardar la caja del remedio, a lo que ella me preguntó si quería guardar también el algodón, y le dije que no, y dicho esto me abracé a la caja, que estaba sobre mi pecho, y le dije que me iba a quedar un rato tirado en la cama, descansando hasta que se me pasara el dolor, entonces ella prendió el ventilador, y me preguntó suavemente si el aire estaba bien así, y yo respondí que sí, y ella cerró la puerta y se fue, y recuerdo que pensé, la enfermera Marian se llama Marian, igual que Marian. Y aferrado a esa caja de cartón vacía con una botellita vacía en mi pecho, pensé: gracias Dios por todo esto, gracias por hacer que exista Marian.

*Leído en Casa Brandon, 7 de febrero de 2020*

## Hacia Constitución

Quiero contarte algo. ¿Por dónde empezar? Este cuento corre el peligro de interrumpirse si respondés mi mensaje. Hace un rato me lancé de lleno hacia vos, con tres frases por Whatsapp: “Hola, Violeta. En un rato estaré por Constitución. ¿Nos vemos?” Estaba medio en pedo, viajando en el subte, exactamente tal como lo había imaginado mientras tomaba sol en el parque con María. “Llegaré al vagón, me encerraré en la oscuridad subterránea, y amontonado con la gente y subsumido entre vapores alcohólicos, le escribiré un mensaje a Violeta para ir a tomar algo. Si tengo suerte, para cuando el viaje en subte haya terminado, me habrá respondido. Llegaré a casa, me ducharé e iré hacia Constitución”.

Así, recostado en el asiento, con los pies apoyados en una caja navideña y el brazo acodado en el paraguas que me gané en el sorteo en la oficina, como un rey, te escribí ese mensaje. Qué rey. Y qué inventor. Porque no era cien por ciento verdad que en un rato estaría por Constitución. Pero bueno, eso es otra parte de la historia. Como te decía, este cuento corre el peligro de interrumpirse si respondés mi mensaje. Entonces, antes que nada, tengo que decirte lo importante. Cuando nos vimos el sábado en la entrega de diplomas, antes de besarnos, yo pensé: no tengo nada de qué hablar con Violeta. ¿Qué le puedo contar? Contrasté que vos, ese inolvidable martes diez de diciembre en Plaza de Mayo, con un puñado de frases me habías hecho ingresar a la historia de tu vida. La personalidad de tu abuela. Su vida

en Ucrania. Tu viaje para reencontrarte con ella después de que abandonara Argentina cuando tu tío murió en Malvinas. Tu descubrimiento, durante las siestas compartidas en aquel helado pueblo, de que ella había sido trabajadora sexual. La cara de Evita, testiga del relato, enmarcada en cartón en su mesita de luz.

No. Lo sé con certeza. Nunca voy a conocer a alguien que en tan breves palabras me contara cosas tan bellas e importantes. Pocos días después, te encontré por casualidad en la entrega de diplomas en la Ctep. Me contaste que habías estado en La Matanza, que habías escuchado el discurso de Cristina. Otra vez, caer a fuego al ritmo de tu pasión militante. Yo la noche anterior había leído un libro. Pero ni siquiera era una novela peronista, como *Señorita*, de Hebe Uhart, esa novela que narra el puente que lleva a una niña blanca, de clase media y de origen radical a convertirse al peronismo por solidaridad de género con su vecina. No. Eran unos cuentos olvidables, de una confundida escritora que no viene al caso nombrar, a la que le parece acertado escribir con el viejo método del iceberg; una escritora que piensa que contar sin contar tiene algún tipo de valor... Solo le di la oportunidad a ese infausto libro para poder escuchar qué tenían para decir las personas a la que les había gustado y convencerles de que esa literatura no sirve para nada. Y ni siquiera lo logré. ¿Qué podría contarte yo?, pensaba. Nada. Y mientras íbamos al chino a buscar más papas fritas, ibas haciéndome comentarios, que a veces, a duras penas yo lograba entender, entre cantos senegaleses, porque una niña acababa de nacer, y la comunidad le cantaba; vos me agarrabas del brazo para no caerte, y yo reaccionaba físicamente con alegría, sujetando tu brazo para acercarme a esas palabras, riendo, con gran desgano de pedirte que me las repitieras cuando no las entendía, conforme solo con el lugar nominal de ser tu interlocutor, el depositario de tus ocurrencias. Un sordo atrapado por breves palabras claras en la noche de Constitución. Después nos besamos.

El no recordar tu voz. El querer atrapar la manera mágica en que te surge alguna idea viva. El volver a escuchar tu voz y las palabras que salen de tu

cuerpo. Porque ya me olvidé de tu cara, pero no del contenido de tus palabras.

\*

Perdido estoy, perdido. Me pierdo... Debo volver con fuerza al hilo del relato. Te quería decir que si bien esa noche sentí que no podía decirte nada, que era una cantera vacía, hace un rato cambié de opinión, y me di cuenta de que tenía algunas cosas para contarte. Esas cosas que te contaría en la mesa de un bar, entre cerveza y cerveza, son cosas que no se pueden escribir. Contarte que tomé sol en la plaza esta tarde con María, y lo complejo de lo que sentí al charlar con ella después de dos años de habernos separado; que antes había habido un almuerzo del trabajo, donde luego de la canasta se sortearon productos de bazar, que una era un peluche para bajar llaves del balcón y adentro traía una tuca, lo cual nos hizo sospechar que el regalo no era comprado, que era un objeto que habían rescatado de algún lado para completar el sorteo... Todo eso nos haría reír, y tal vez, dentro del panorama de temas, podría reflexionar acerca de por qué le di un abrazo tan fuerte a mi jefe al despedirme frente a todos en el almuerzo, y lo raro que fue que lo abrazara como si me despidiera de un amor, y cómo le dije: ¡gracias, gracias, como siempre!, apretando su cuerpo bien fuerte, y cómo más tarde, por chat, traté de explicarles a mis compañerxs que aquel abrazo era un acto ridículo, arrojado, que era algo lisa y llanamente imposible de explicar, algo que la razón no entiende, un plus de locura, una pura entrega al desvarío.

Debo confesarte otra verdad: que quiero seguir escribiéndote, y ya no quiero que respondas mi mensaje diciendo de vernos en Consti. Me costó mucho llegar hasta acá, arrastrar la caja navideña frente a decenas de personas pobres en la calle, bañarme, acostarme y casi quedarme dormido, que el gato me despierte, salir al balcón a cuidar la babosa que me regaló Guillermina para Gregorio, y que está adentro del frasco hasta que él vuelva y la podamos poner en una maceta; llamar a Gre por videollamada,

mostrarle la babosa rogando que siga viva, darme cuenta de que está viva y muy babosa y quiere salir del frasco, esconderla en el baño para que no se la coma el gato, y por fin, sentarme a escribirte. Y ahora que lo logré, ahora que me amigué con la casa y los gatos, con la babosa, con la oscuridad, con el viento de la ventana, hasta con la música... ahora que se hizo silencio en el barrio, ahora que comprendo que me he sentado a valorar tu persona, ahora que comprendo que me enamoré de tus palabras, y también de las mías, ya no quiero irme a Consti. Comprender que al labrar este relato me sujeto a un lugar, lo ocupo y no me muevo de aquí, que de aquí nada ni nadie podrá separarme, que ocupo un lugar por estar ocupado en la tarea nocturna de pensarte, en esta querida oscuridad, me hace sentir pleno. Sí, había más cosas para contarte. Pero para variar, no serán dichas en una mesa de bar, y su destino será este texto.

¡Oh! ¿Por qué no anoté ese poema que me vino a la mente esta mañana al pensar en vos? Hoy me desperté con alivio, pensando: hoy te quiero un poquito menos. Tu recuerdo era difuso. Pero entonces volvió tu imagen, que es la cara de Apolonia, la novia del protagonista de El Padrino, con su vestido morado, bajando de una sierra, rodeada de niños y ovejas; su gesto serio cuando él le da un regalo y ella abre el paquete y encuentra un collar; su media sonrisa cuando, durante un almuerzo, lo mira de lejos y se lleva una mano al pecho para mostrarle que lo tiene puesto. Una compañera del trabajo me preguntó: ¿Quién te gusta ahora?, y le mostré la foto de Apolonia, porque no tenía a mano ninguna foto tuya, y ella se murió de risa. Entonces me di cuenta de lo ridículo de mi fantasía. Esta mañana, la imagen de Apolonia se superpuso con firmeza a la actual realidad, que fue que anoche, dos días después de que nos besáramos bajo el árbol del huerto en la Ctep, no viniste a la cena de profes, donde esperaba verte.

Esperaba verte. Esperaba verte. Con retraso repito esa verdad y celebro el desfasaje mental del lenguaje cuando repite las palabras por fuera de las convenciones para señalar lo que debe quedar claro: esperaba verte. Ahora no debo preocuparme por haber olvidado el poema, menos aún por no

haberlo anotado. Cómo voy a anotar algo si lo estoy sintiendo. Yo sé que lo verdadero permanece. Tengo fe en las garantías de la memoria. Y es verdad, aún recuerdo lo que quería decir, y aunque no tenga forma poética, puedo pronunciarlo. Surgió porque Marian dijo que tu nombre no coincidía con tu cara, y que deberías llamarte Florencia en vez de Violeta. Y eso motivó un poema mental que hablaba del color azul de las venas de tus manos, del gris de tus párpados, que besé esa noche, del oscuro petróleo de tus ojeras, de tu pantalón azul, ajustado por una pequeña y económica riñonera negra, y tu manera de andar de acá para allá fluidamente en los ángulos de la noche, como esa noche de Año Nuevo, hace dos años, cuando te vi merodear por la cocina con otra amiga, decidida a sobrevivir indemne al sueño de todas. Yo estaba abrazado a una amiga en el sofá, entrando tiernamente en el mundo de los sueños, y antes de cerrar los ojos, te vi, con una campera amarilla, abriendo y cerrando una heladera, cuchicheando con un abrelatas en la mano, atravesando el comedor en dirección al escueto fuego exterior que algunas lesbianas aún mantenían vivo en un patio estrellado.

La verdad, pasaron seis horas y no parece que ni siquiera hayas clavado un visto en mi mensaje. O lo viste y no quisiste responder, o me dieron un número equivocado. Prefiero pensar lo segundo, que una confusión provocó nuestra incomunicación. Lo contrario sería imposible de elaborar. Cualquiera de las dos alternativas conducen a que no habrá encuentro. Ya que es casi la una de la mañana, y hay pocas chances de que un mensaje tuyo interrumpa el fluir del texto, en este, otro documento sin título cortajeado por el ir y venir de una persona alcoholizada, puedo pasar a contarte algunos detalles que, no por menos importantes pero sí por menos urgentes, tuvieron que quedar relegados a un segundo lugar. Y va siendo hora de terminar con esta escritura solemne que parece un discurso, lo cual me genera un terrible mal humor... Cuando te mandé el mensaje diciéndote que en un rato iría hacia Consti, no era tan así. Había quedado con Eve, mi amiga francesa, esposa de un terrateniente dueño de un tambo, que está



acá de visita, para verla en Consti, antes de que se fuera a una cena familiar, pero finalmente le di prioridad a mi encuentro con María, para tomar sol en el parque, y por eso cuando llegué a casa, ya era tarde para ver a Eve. A Eve, que dicho sea de paso odia a Cristina, y a quien le había comentado lo que dijo Kicillof, que 515 tambos de la provincia de Buenos Aires cerraron durante el macrismo, pero no le importó, a Eve no le confesé que vería a mi ex, le dije: me encuentro con una amiga. Me respondió: eso huele a sexo. Me reí y le dije que para nada. Yo en el encuentro con María me contuve de sentir nada, pero el deseo se filtró por otro lado, y estando en medio del parque bajo el sol, pensé en escribirte para verte. Pero claro, nunca fui a Consti, y terminé en mi casa, solo, escribiendo.

\*

Otro cuento de fantasía que solo servirá para entretener a unxs pocxcs en Casa Brandon la semana que viene. Más de lo mismo: fumando y tomando cerveza... Debería estar grabando el video que me encargó Leónidas. Es un video en el que hablo de la novela *Señorita*, de Hebe Uhart, donde explico por qué es una novela peronista y feminista, y rescato la lección que nos deja Hebe acerca de las microalianzas que podemos hacer con otras personas a partir de opresiones compartidas. Es decir: tener la capacidad de entender lo importante que es el peronismo para otra persona a pesar de que no compartamos nuestra identidad de clase. Porque no todes tenemos un apellido peronista, como Naty Laclau, o una abuelita a la que Evita le dio una casa, como Julia, o un mediocre padre radical del cual diferenciarnos, como le pasa a la protagonista de la novela de Hebe. Nos dice que no se trata de valorar lo que tenemos en común, porque eso es muy fácil, hasta una mesa de hombres cis recalcitrantes en un bodegón puede simpatizar con una mesa de lesbianas cuando, después de reivindicar el lesbianismo a los gritos, las tortas cantan el feliz cumpleaños peronista, esto lo sabemos bien, pero se trata de entender cómo podemos construir un puente a pesar de nuestras diferencias, o mejor aún, cómo se puede ver la cara de otre que está tan o más enajenado que une y querer abrazarlo y no darle la espalda

y sepultarlo para siempre. Porque, claro, a todes nos gustaría que nuestro amante sea un poco más peronista que nostrosxs. Y eso está bien. Está bien idealizar el peronismo. Está bien aspirar a que tu cama contenga el máximo de peronismo posible, ¿pero y la construcción? ¿Y el mozo Manolo, el de collar de cruz dorada, hijo de diaguitas y españoles, nieto de italianxs, proveniente de Santiago del Estero, que es radical “por tradición” pero que acaba de convertirse al peronismo a causa del gusano de Macri? ¿Cómo charlamos con él? ¿Qué hacemos, en fin, con las lesbianas que dejan comentarios angustiados quejándose del extractivismo minero por debajo de un post de la cuenta de dylanferdezok?

Yo por honestidad debo decirte que esta carta acaba de pasar a la ficción. Nada en ella es real ahora: nombres, lugares, circunstancias, todo es falso aquí, y qué mejor que lo sea, en esta ciudad rodeada de espías. Por una vez, que la ficción se ponga al servicio de algo, sin importar la forma informe que tenga esa promesa. Estoy acá. Es una pena no tener línea directa a tu corazón. Pero me pongo de pie. Igual que aquella vez que una linda chica me besó y luego me dijo que le gustaría irnos juntas pero que tenía que ir a encontrarse con su ex, y me dejó pagando en la mesa de un bar, igual que esa vez, que volví a casa en bicicleta, ebrio de felicidad y solo, amando el viento de la noche y feliz por desear algo, aun cuando ese deseo estuviera insatisfecho, feliz de vivir la vida con pasión, como solía decir Néstor, y llegué a mi casa y llegué a mi cama y le escribí a esa chica un mensaje claro por Whatsapp: “Es mejor que no nos hayamos ido juntas”, le dije. “Ahora estoy en mi cama, escribiendo mi diario”. Y le mandé una selfie. Ella también me mandó. Yo tenía puesta la ropa de ella, ella tenía puesta mi ropa, nos la habíamos intercambiado con el único motivo de encontrarnos a solas en un baño, nos habíamos cambiado nuestra ropa antes de que yo la besara en la oscuridad automática de ese baño, mientras ella se ataba los cordones, en una de las escenas más románticas de mi vida: besarse de rodillas y luego ponerse de pie, que por esas coincidencias de la vida, ocurrió en la planta baja del hotel donde pasé las horas de amor más apasionadas de mi vida; y

al igual que aquella vez, y al ritmo de esta música de cuarta que escucho, un tema de Yo la tengo, "I'll be around" (como en mi mensaje, qué casualidad), agradezco que la escritura me mantenga de pie.

¿Cómo podré convertir este cuento en un cuento verdaderamente justicialista? Avanzo con total esfuerzo por estas páginas. Me derramo, como esos monstruos babosos de las películas de Miyasaki. Ojalá supiera escribir de a poco, como una araña... Intento dejar sentado lo que siento, y estaré despierto hasta lograrlo. Pienso que este texto debe dejar de ser una carta. A quién engaño. ¡Qué miseria! ¡Qué pérdida de tiempo! ¿Por qué no se me ocurre contar otra cosa más contundente que mis fantasías con una chica y cómo eso se relaciona con lo que siento acerca del peronismo? Pero debo perdonarme y aguantar. Y continuar hasta sacar algo de esto.

Mis amigas me comentan que el texto que te mandé por WA era un verdadero papelón. Que ni siquiera me presenté ni te expliqué quién me había dado tu número. Me dijeron que aún estaba a tiempo de aclarar mi error. Y eso hice, obediente como un caballo. Y después de seis horas, como no me respondiste, me di cuenta, por señales tecnológicas, que el número de celular que me habían dado no era el correcto. Como siempre, tuve buena suerte. Nunca leíste mi mensaje. Y ahora estoy aquí, con dolores en todo el cuerpo, otra vez junto a una lata de cerveza, resistiendo la tentación de volver a escribir el comienzo de esta historia que empecé ayer. Esa tentación de creer que desde el presente tengo una idea más clara de lo que estoy tratando de decir. Pero no. Me someto a lo que escribí. Me someto al pasado y lo respeto. No se puede contar todo en un cuento. Unx trata de no ir presx. Pero la verdad es que cualquiera, con mayores o menores posibilidades, de acuerdo a su identidad, condición social y creencias políticas, podría terminar en la cárcel. Por eso siento que no hay tanto tiempo para enlazar temas y crear una totalidad. Mañana podría estar preso, y lo importante es dejar anotado lo que pasa. Quizás es hora de aceptar que la totalidad de sentido de un cuento no depende de mí, y que si ahora quiero

traer una nueva perspectiva a esta historia, el tiempo y lugar en que la conexión de lo nuevo con lo viejo se logre no me pertenecen; quizás es el momento de reivindicar el derecho a tomar la palabra por ser simplemente un ser que tiene algo para decir, aunque lo que digo esté *fuera de lugar*. Entender por fin que estoy fuera de lugar, que el lugar de la escritura es un charco de arenas movedizas. Sé que pongo en duda el lugar de la ficción. Y me hago cargo con total humildad.

\*

Ha pasado un día. No es lo suficiente de noche para hallarme bien en este espacio. Hace un rato dejé que las nubes blancas se convirtieran en nubes rosas en el marco de la ventana. Abro la ventana para que entren las melodías que los vecinos silban. Son mías. Y las vidas que los vecinos imaginan también son mías... Empiezo a entrar en el tiempo de la escritura. Contemplo las arañas del techo que nunca quisimos matar. Hoy es sábado y no salgo porque mañana tengo una jornada de cocina de crústules con Julia y además voy a escribir este cuento. Es difícil describir cómo es este tiempo, esta hermosa soledad de sentir que no estoy solo cuando escribo en esta patria que es de todes. Quizás reescriba este cuento de cero, "todo el tiempo de cero", como dice Paula. Podría hacerlo arriba de este cansancio, en alas de cerveza. Voy ablandando la lengua y me recuerdo que merezco poder decir las cosas que anduvieron dando vueltas por ahí, entre las sábanas.

Hoy cuando me desperté, nuestra conexión era lejana. Me pregunté por el estatuto de la fantasía. Considero que las fantasías son parte de lo real. Y no estoy celebrando que la gente sueñe o imagine un futuro mejor. Al contrario: las fantasías no son imaginación, son entrecortadas, no tienen estamento concreto ni eje, como lo tienen los sueños. De ahí su importancia. La imaginación crea cuerpos, y los cuerpos conllevan en sí el potencial riesgo de ser atrapados. La fantasía, en cambio, trabaja las esquirlas de lo real, y lo destruye con paso atómico. Voy por eso.

La imposibilidad de comunicarme con vos trajo este resultado tan querido por mí. Escribirte de manera atrevida, sin permiso, con atribuciones inventadas. Escribirte fuera de lugar, como una paria; como esas personas desplazadas que se instalan para asumir un lugar que les era ajeno, y se ven borrosos en la mirada de desprecio de los que piensan que ellos no tienen derecho a ocupar ese lugar. Para mí fue un desastre con suerte. Yo no puedo darme el lujo de perder.

Necesitaría una energía poderosa que cierre el mundo en una total oscuridad. Esa energía no viene, pero tengo que seguir. Poca energía ya para tocar estas teclas. Escasa claridad mental. Pero me quedaré en esta compu hasta que me salga. Nunca pensé que esto iba a terminar así. Un cuento fracasado y solitario. Me agarro la cabeza. Sopla el viento y abro la ventana para que llegue el sonido de tu voz.

Pensaba que este cuento era una reflexión sobre un amor justicialista. Pensé algo sobre la justicia social, sobre la justicia sexual. ¿Por qué? Simplemente porque el presente me lo pedía. Y porque me pareció que hacía falta asumir mi peronismo en un cuento, urgido por la inquietud que me genera el origen de mi peronismo atado con alambres. Y esto tiene que ver con mi historia personal, con mi conformación de clase. E, increíblemente, algo nuevo: me lo guardo. Sí. He decidido esperar a nuestro encuentro para contarte cómo me hice peronista. Me asistan las cervezas y el espíritu de Evita. La próxima vez que te vea, si algún día respondés mi mensaje, tendré algo que contarte.

## El lugar de la escritura

Escribo en la oscuridad. No sé escribir poemas. No me sale. Quiero contar algo. Algo que me está pasando ahora. Es muy fácil para mí. Siempre tengo algo para contar. Algo que me está pasando ahora. Siempre tengo un plan. Y cuando llega la noche y me siento escribir, aparece algo diferente a lo planeado. Puedo contar lo que había planeado, y también puedo contar lo que se me acaba de ocurrir. Puedo contar también cómo las dos cosas se relacionan. Por eso siempre tengo al menos tres cosas para contar: el pasado, el presente y el lazo que los une. Por eso es fácil escribir un cuento: porque para contar algo se precisan al menos tres cosas: había, una vez, un cuento.

Había pensado leer hoy "Electroman", un cuento de 2003 donde la protagonista tiene un problema en el corazón. Era un cuento de la época de Belleza y Felicidad, y hablaba del corazón, como el título de mi libro de cuentos *Late un corazón*. Es un cuento corto, por eso era adecuado. Pero pasaron cosas.

Hoy me escribió Fernanda: ¿Te llamaron por lo de Patti Smith? Le respondí: Uy, qué quiere Patti Smith ahora. Jajaja. Jajaja, me respondió Fer. Y me dijo: te van a llamar para leer un poema en el recital de Patti Smith. Pero Fer, respondí yo. No puedo leer ahí, si me toca leer en Brandon. Respondí primero con un *no*, feliz de decirle no a Patti Smith. Tal vez por que desde que tengo dignidad trans y estoy satisfecho con mi vida, me hace feliz decir

no a cualquier cosa que, por más que parezca buena, se aparta de mis planes. No, me dijo Fer. Vos leés el jueves, y lo de Patti es el viernes. Ah, bueno, genial, respondí yo, un poco arrepentido de sonar arrogante. Sin embargo, en mi *corazón*, el *no* seguía teniendo peso. Me arrebaté y escribí a tres amigas: ¿cómo voy a leer un poema en el recital de Patti si ni siquiera sé quién es? Además no quiero leer en un recital solo porque Patti es famosa. Me parece re careta. Algunas amigas me explicaron quién era Patti Smith, cosa que más o menos yo ya sabía. Yo sé quién es Patti Smith en teoría, pero nunca me tocaron sus canciones, porque no me interesa la música. Perdón. No es que no la valore, pero no me llegó. Y además, no quiero pararme solo en el escenario. Nadie debería estar solo en la vida, y mucho menos en un escenario. ¿Qué voy a decir frente a tanta gente? Me parece desubicado. No es mi lugar.

Mis amigas intentaron convencerme. Pero yo también sentía que por ser una persona trans iba a llamar demasiado la atención. Que nada que ver, me dijeron mis amigas, que ni en pedo me llamaron por ser trans, que bla bla bla... Yo pensé bueno, ya que soy trans, tal vez puedo leer un poema sobre el faltante de hormonas. ¿Pero qué voy a hacer ahí, hablando solo? Además no sé escribir poemas. Entonces pensé: si me llaman, puedo proponer que hagamos un poema colectivo, podemos ir con la gente de la asamblea del faltante de hormonas. Decir basta de travesticidios y transfemicidios, y que queremos salud digna y manejada por gente trans, que queremos hormonas, y decirles a Bayer y Beta que se pongan a pensar en bajar el precio de la patente de las hormonas porque estamos pensando en un anteproyecto para producción pública de hormonas. Me empecé a motivar. Pensé que era una buena oportunidad. Imaginé que antes de arrancar el poema cantábamos: Macri no es puto, es liberal. Hacete cargo él es heterosexual. Y fuera milicos de América Latina. Imaginaba la cara de Patti. ¡Lo que le hace Hollywood a la imaginación! Y empecé a esperar el llamado. Pero nadie me llamó, y aquí estoy.

Recién fuimos al cine con Gregorio a ver *Los locos Adams*. Comimos un pancho. No le quise comprar palomitas porque son carísimas y en casa yo las hago por dos pesos. Tomamos agua de la botella. Y cuando empezó la película, el cine se rompió: el audio de la peli sonaba, pero en la pantalla no se veía nada. La gente empezó a quejarse, y en la cabina, del otro lado del vidrio, nadie nos escuchaba. Le fui a avisar al señor de la boletería, y él fue a fijarse qué pasaba. Así estuvimos largo rato, la gente gritando, la pantalla en blanco... y yo pensaba en ese poema de las hormonas, y pensé: qué complejo escribir un poema colectivo. El viernes vamos a protestar al Ministerio nuevamente, por quinta vez. Tal vez podemos aprovechar la juntada y hacer un cadáver exquisito. Pero pensé: cortar la calle y hacer un poema, qué complicado. Tal vez mejor lo escribo a la noche, aunque sea lo boceto, para tener algo con qué arrancar. Pero yo ni siquiera sé hacer un poema.

Después volvimos, Gregorio re cansado. Le conté un cuento de los mitos de vikingos. Es un cuento donde el dios del trueno, para recuperar el martillo que le roba un gigante se disfraza de mujer, para seducirlo. Por ese cuento Gregorio aprendió la palabra "mito". Y el otro día me dijo: Ya entendí el mito de que sos varón. ¿Cómo el mito de que soy varón? Sí, el mito de que sos varón, me dijo. Que sos lindo, simpático, divertido, me respondió. Quiso decir que el género es un relato, y que está en la lengua, pensé. Y que para que el relato quepa me cabe que mi cara tenga bigotes, igual que el vikingo, que se disfrazó y se hizo una trenza y escondió su barba tras un velo de tul seductor. Muy Belleza y Felicidad ese vikingo, pienso ahora. Por eso Gregorio llama a nuestra protesta: la marcha de los bigotes. Y el otro día me preguntó si rappi, la app que tiene como logo un bigote, es la app que uso para pedir que me traigan el remedio que me hace crecer el bigote. Me dormí un poco mientras lo dormía a él, y me desperté pensando en todo esto.

Me siento en la computadora. Copio el cuento de "Electroman" en los documentos compartidos, por si acaso se me ocurre leerlo en Brandon. Por



curiosidad hago una búsqueda en el documento de mi libro de cuentos *Ja ja ja*, y pongo la palabra “corazón”. La palabra “corazón” aparece diez veces en tan solo cien páginas. Quiere decir que en ese libro, una de cada diez páginas tiene la palabra “corazón”. Lo cual es mucho. Creo que en varias de esas menciones la palabra “corazón” se relaciona con “hablar de corazón”. Y yo no sé si es tan fácil tocar el corazón del público del Gran Rex que está esperando a escuchar a Patti Smith. Tal vez sí. Pero me suena que es más fácil tocar el corazón de la gente cercana que entiende de qué estoy hablando: de hormonas, de Belleza y Felicidad, que era un lugar donde mucha gente rara se juntaba, y yo, aún siendo heterosexual en aquella época, aun siendo cis, era una persona de diecisiete años, estaba rapado, usaba la ropa de mi novio, que tenía sesenta años, y por eso y otras cosas inasibles, entraba en esa categoría, que no era una etiqueta identitaria tan clara, pero que era la de la gente que no encaja... como Los locos Adams. Pero no vean la peli porque los locos se reconcilian con los normales y además son una familia tradicional, pero bueno.

Antes de que la pantalla del cine se arreglara, chequeé por última vez mi celular y nadie me había llamado para leer en el recital de Patti Smith, y me empecé a tranquilizar; empecé a abrazar la realidad. La abrazo mucho. Especialmente cuando no estoy seguro de qué quiero que suceda. Mejor que no me llamaran, pensé. La exposición y la masividad son un riesgo. Mejor mantener un perfil bajo, dedicarse a escribir un anteproyecto de ley de producción pública de hormonas, y no un cadáver exquisito. Aunque un anteproyecto de ley, pensé, tiene grandes posibilidades poéticas a explotar. El hermoso vocabulario, pensé, el recogido en los últimos días: petitorio, temores fundados, y otras palabras que anduvieron dando vueltas en los documentos compartidos, que son, como siempre, los que más amo, los que me emocionan y motivan; entre ellos, estuve trabajando en el doc compartido del prólogo a la novela de Lea Uría García: *Clara*, una novela que se lanza el 7 de diciembre por Editorial puntos suspensivos y que les recomiendo que estén atentxs para leerla, comprarla y asistir a la

presentación, porque Lea es una autora trans muy genial que se suma a nuestra creciente biblioteca trans. Seguro veinte años atrás, ese libro lo podría haber publicado BYF.

Prendí un cigarrillo, abrí una lata, me calcé mi gorra, mi delantal de cocina, y me senté a contar esto. Enseguida me di cuenta de que podía leerlo en la lectura de hoy. No de que podía, de que *debía*, y no en el sentido del deber ético sino en el de necesidad.

Consumir testosterona para adquirir características masculinas, querer escribir este cuento para contar qué siento y hacer un homenaje a un espacio de libertad y aventuras muy difícil de describir, como fue BYF, son necesidades. Esas cosas no se eligen, se necesitan y no pueden esperar. No pueden esperar que un laboratorio deje de especular con el precio del dólar y con la salud de la gente, o que el Estado, con un gobierno peronista, vuelva a tener Ministerio de Salud, o que alguien que organiza el recital de Patti te llame para que miles de personas puedan enterarse de que cada cuatro días asesinan a una traba o a una mujer trans... Son necesidades que encontrarán cualquier hueco, (igual que cuando andamos en bicicleta en el tráfico), encontrarán cualquier hueco, pues son necesidades que fluyen... Ese hueco es este escenario. Este es nuestro público y este es nuestro lugar: aquí y ahora, en Casa Brandon, recordando ese espacio de BYF que fuera tanto para nosotrxs, un espacio al que, en lo personal, tuve la suerte de llegar en mi primer día en Buenos Aires, cuando tenía diecisiete años y vine a anotarme en el CBC, y caí aquí (digo aquí porque hoy estamos, en cierta manera, en BYF), mi novio me había dicho que trajera unos cuentos, y me había contactado con Roberto Jacoby, y ya en la casa de Roberto, en el baño, vi un cuadro de Fernanda, porque ella había hecho una muestra en esa casa, y ya me contacté con ese corazón de brillantina que estaba colgado en la pared. Me senté en el living de Belleza y Felicidad. Cecilia había pedido una tarta de ricota en el Mercado de las Flores. Y de esta manera fluida, que trato de explicar, a Fernanda y a Cecilia les gustó uno de los cuentos y al poco tiempo me lo publicaron. Sí. No fue solo “buena suerte” ni fue “magia”: fue

llegar a un lugar donde las cosas que necesitábamos decir fluían, porque importaban, y por eso se comunicaban sin demora. No podría explicarle eso yo a Patti Smith, ni tampoco a ese público del Gran Rex, sí puedo decirlo aquí.

Me alivia que el pasado y el presente puedan conectarse a través de la memoria, recordando y reactuando de qué manera el pasado puede ser presente, y cómo podemos entender que hoy hay una energía de la resistencia que se enlaza con la energía de mucha gente que nos precede, y que está aquí hoy también: y muchos en ausencia presencial, pues algunos ya no están físicamente, como Ioshua, recién homenajeado aquí, como Jor, que fundó Brandon, como Jorge Di Paola (mi ex novio), con su risa y su inteligencia únicas para la charla y la escritura, como Ariel Lavogue, con su presencia mágica en la pista de baile. Ellos también entenderían esto, y por eso los sentimos presentes.

Tal vez si Patti hubiera estado en Buenos Aires, hubiera pasado por BYF, pero no tuvo esa suerte, ni tampoco la suerte de esta aquí ahora, ni tampoco la suerte de hablar español, ni tantas otras suertes....

Ahora me doy cuenta de por qué me sentí desubicado al imaginarme leyendo un poema en ese recital. Porque sentí que a Patti Smith le cabía el Gran Rex, y a mí me cabía Brandon.

¿Cuál es nuestro lugar, y cuál es el lugar de la escritura?

El lugar de la escritura es ser un lazo entre el presente y el pasado, un lazo que contiene nuestras experiencias compartidas.

Belleza y Felicidad fue nuestro lugar en aquellos años. Brandon lo es ahora, en esta celebración. Y mañana viernes, será la calle: el Ministerio de Desarrollo Social, en Av. 9 de Julio y Moreno, a las once de la mañana. Allí seguiremos protestando, porque no precisamos un DNU que diga que las obras sociales deben cubrir el tratamiento y solo mencionen algunas hormonas: la ley de identidad de género indica claramente que *todas* las hormonas que sean necesarias deben estar cubiertas por los sistemas de salud públicos y privados... Y hay mucho más para protestar. Allí esperamos

a todes les que quieran sumarse a nuestra lucha por la salud integral travesti trans, que incluye, en primer lugar, la vida de las personas travestis y trans. La calle nos encontrará unides, igual que hoy, ayer, y siempre.

## Querida bicicleta

*A Luciana Caamaño, Lucía Bianco y Bernardo Orge. Por nuestra feliz convivencia.*

Esta es la tercera vez que empiezo a escribirte. Lo anterior lo descarté, y ahora no me acuerdo qué era. Porque quiero que en la primera frase me salga decir lo que quiero. Quizás mañana lo que quiero decir sea otra cosa. Por eso esta carta sigue en suspenso. Porque no hay una mejor manera de empezar. Listo. Saber que esta carta es provisoria es el sortilegio que necesito para seguir escribiéndote en paz.

Querida bicicleta: hace veinte años que quiero contar lo que siento, y ese momento por fin ha llegado. No encontraba la manera, hasta que se me ocurrió escribirte esta carta. Es una carta difícil y falsa, porque está dirigida a vos y también al mundo, y no sé cómo sonará. Sos, has sido y serás una parte de mí, e iré tanteando qué pasa si te miro de lejos, como si estuvieras en un lugar que no es entre mis piernas. Ojalá se me cumpla el deseo de poder escribir lo que quiero.

Hoy alguien se atrevió a clavarte un alfiler en la cubierta trasera, yo no sé quién fue. Tal vez fue un accidente o tal vez a alguien no le gustó mi cara, o lo descuidado que soy cuando te dejo apoyada arriba de otras bicicletas y se termina armando bardo. Bardo que me gusta y que te gusta. Y que tal vez haya causado que alguien, que tal vez... Porque yo sé que en los dos garages, en el de mi casa y en el del trabajo, hay unos encargados a los que no les gusta mi cara. Rectifico: lo que hay son dos cobardes que me tienen mucho miedo. Lo sé porque no se han atrevido a hablarme a la cara. Cobardemente, mandaron a otro empleado a pedirme, en el garage del trabajo, que entre despacio; y en el garage de mi casa, que ate la bicicleta con candado por si me la roban. Y esto último me lo hizo saber ayer Gustavo (que fue el emisario). Me dijo, textual, que ese mensaje “me lo mandaba decir el encargado nocturno”. Hoy a la mañana me di cuenta de que tu rueda de atrás estaba rara, y a la tarde ya estabas desinflada. Y el bicicletero te sacó un alfiler entero. Le pregunté qué opinaba y pareció inclinado a pensar lo peor.

Son las once de la noche. Estás ahora en un garage. Hoy, a las diez y media de la noche, cuando me fui del garage, saludé al encargado nocturno y me respondió con un murmullo y sin mirarme a los ojos. Me di cuenta de que de ahí podía venir la cuestión. ¿Paranoia? Esa no es la pregunta, ya que lo posible es tan real como lo real. Y es más que posible que a ese encargado no le guste mi cara y te haya clavado un alfiler. Como tampoco le gustó mi cara al policía que me detuvo hace tres meses, en un viaje en uber, volviendo de ponerme mi primera inyección de testosterona, y nos hizo bajar, al chofer del uber y a mí, para revisar el auto y cuestionar mi documento. Un rato antes, yo lo había mirado por la ventana. El policía iba en moto, y me miró a través de la ventanilla del auto, en la avenida San Martín. Le hice una sonrisa de imbécil, de “está todo bien”, y cuando giramos en una calle, nos detuvo y nos hizo bajar del auto. Y al bajar, yo para mis adentros pensaba: “Esto en la bici no me pasaba”.

Aquí está mi inquietud, ahora. La cuestión de que estés estacionada, varada, en ese garage oscuro, la vivo como un problema. Ahora entiendo que andando con vos sentí que se cumplía lo que para mí tiene sentido: que nada ni nadie, ni cosa ni planta, ni persona, animal o máquina pueda detenernos. Ni siquiera un tren podría detenernos: es tan simple como hacer marcha atrás e irse a otra calle, una calle que esté liberada del tren, y cruzarla. Sí, un obstáculo puede demorarte...pero no detenerte. Pues no hay vagón de tren cuya trayectoria sea más larga que el mariposeo de una bicicleta, ni locomotora cuyo paso dure más que el abandono otoñal de una bicicleta en una loma, abandono que, como la hoja seca que se amontona a los costados de las vías, se derramará por la calle, esperando que pase el tren, para finalmente volar sobre las vías calientes y perderse a la distancia de la tarde.

¡Es tan simple! Tan simple como cruzar en rojo la avenida Pueyrredón.

Me arrepiento de dejarte en el garage. Debería volver a subirme tres pisos por escalera. Atravesar dos puertas con llave, y al pesado del portero que siempre se pone en el camino, y rayar las paredes y que los vecinos se quejen... ¿Pero y Gustavo? ¿Y Gustavo, el empleado amable que está de día en el garage, al que tanto quiero, y Gregorio también quiere, al que un día, cuando me preguntó por mi nombre le dije que la I era de Ignacio? ¿Y mi orgullo? ¿Y mi dignidad? ¿Y mi derecho a tenernos un lugar en el garage? Yo no sé qué salvaguardia podría fabricarme para todo esto ni qué sustancia podría aplicarme ya. No tengo de hecho ninguna: no hay birra, el tabaco me lo robaron en la marcha y aún no me apliqué la segunda inyección. Desde que me la recetaron, pasaron dos semanas; y medio a propósito no me la apliqué. Ni comí ni bebí mucho. Medio a propósito me quedé en abstinencia para ser feliz sabiendo que habrá tabaco, que habrá birra, que mi dosis ya está guardada en un cajón para inyectármela en breve, mientras que una vez que la tenga en sangre, ya estará la inquietud de buscar una nueva dosis, como cuando de chico me buscaba el próximo libro antes de terminar el que estaba leyendo. Sabés mejor que nadie de ese juego de buscar el deseo

de vivir que solo se conoce bien cuando la vida está en cuestión. Los peligros que corremos a propósito en las avenidas son la necesidad de buscar la cobertura. La seguridad de confirmar que, una vez más, saldremos ilesas. Y un poco el desafío: buscar que el conductor del auto, el malo que podría matarte, se asuste muchísimo, y después de que casi te pisa, darle la espalda como si nada, dejándolo aterrorizado... Esos juegos son buscar la adrenalina, esa simpática sustancia que te hace dar cuenta que estás vivo; es picante como el wasabi, y te recorre los muslos desde la rodilla hasta la ingle, hasta que parece que tus piernas se duermen. Y de pronto, el miedo se escurre por las piernas hacia abajo, como un baño de agua helada, cuando desde la ingle baja triunfante una lava de calor puro: el sudor, el calor de la vida activado por el alivio de estar vivo y de seguir andando a todo vapor... ¿De qué sirve la seguridad? En ella se esconde el miedo a perderla. Solo el peligro se parece a la verdad, pues en él está la certeza de que la vida vale la pena. Pero claro. No todas las bicicletas tienen la suerte que vos tuviste de andar conmigo, ni todas las personas tienen la suerte que yo tuve, de aprender de la vida, en la calle, andando con vos.

Aquella primera vez, cuando tenía cuatro años y quería ser diferente de mi hermana melliza... Ella usaba un triciclo dorado. Fuiste ese modelo azul eléctrico de pedales amarillos, y chocamos contra un árbol. Después, fuiste un modelo verde de ruedas enormes. Eras la bicicleta de mi papá, y yo quería ser como él. Me subía a la mesa del galpón, y saltaba a tu asiento. Apenas me daban las piernas para llegar al pedal.

A los diez, nos escapamos de casa. Anduvimos diez kilómetros bajo la lluvia, hasta llegar a la casa de unas amigas, para escaparme de las tareas domésticas que me había dejado mi madre, que estaban escritas en un pizarrón. Después, cuando a los trece años nos mudamos a la ciudad, fuiste esa bicicleta que se rompió, y como no le podía pedir plata a mi papá, gané los primeros ocho pesos de mi vida escribiendo un artículo de opinión para un diario. Hablaba de qué carreras universitarias esperaban estudiar los adolescentes frente a la crisis. Yo solo esperaba estudiar una carrera que me



llevara fuera de mi ciudad, pero no lo dije. A los quince, trabajamos como cadetes por las calles de Tandil. Ahorraba para mudarme a Buenos Aires. A los diecisiete, en la fiesta de egresados, como no quería entrar acompañado del brazo de un chico al salón de fiestas, te pedí que entraras conmigo al baile. Eras un modelo negro grafitado de rojo, y me parece que te decoré con algunas cintas para que estuvieras a tono con la ocasión. Después terminé en pedo, tirado abajo de una mesa, y no me acuerdo más. Después me mudé a Buenos Aires, y seguimos de cadetes. Así conocimos las calles de esta ciudad, que más que ciudad, es el aire que respiro.

Esas es la ley de una bicicleta: la garantía de estar lejos de casa, y que nadie te detenga. Por eso la bronca por parte de la gente que anda “encasillada” en sus autos: ellos siguen “encerrados en casas”. Porque nuestra fluidez es un poder que no daña ni lastima. Entonces se preguntan: ¿cómo este indefenso puede más que yo? ¿Cómo el menos veloz puede pasar delante de mí? Porque comparan lo que una bici y un auto pueden hacer en condiciones ideales para ellos: una avenida abierta, la Patagonia vacía. Pero esas condiciones no son reales: lo real es el tráfico en la avenida Córdoba, a la hora en que los oficinistas pretenden regresar a su casa, y la Patagonia no está vacía ni le pertenece al dueño de una camioneta Ford, porque la ruta está cortada por docentes, y los dueños de la tierra son lxs indixs a lxs que se las robaron. Esa es la realidad que la propaganda del auto no les contó.

Pues somos unx débil que se filtra en los huecos. Unx débil sin permiso de conducir, sin seguro ni patente. Unx débil que no respeta el semáforo, que anda por arriba de la vereda. Unx débil que en vez de hacer control de alcoholemia es un borrachx que lo pasa genial dejándose llevar por Julián Álvarez cuesta abajo. Unx débil que no usa combustible, no hace ruido, no deja huellas. Unx débil que no se detiene a comprar giladas en el kiosco. Unx débil que transpira y tiene a olor a débil. Unx débil que come pizza Uggis mientras toma sol. Unx débil que llora libremente sin cuidado a que le pregunten ¿estás bien? y le hagan reprimir su llanto. Unx débil que se suena

los mocos de la nariz tapándose un agujero y soplando por el otro, unx débil que, cuando un basurero lo mira con deseo o simpatía desde la caja de un camión de basura, lo saluda y le guiña un ojo; unx débil que, si lo insultan, escupe la ventanilla de un auto. Unx débil que cuando se encuentra con un cono, con un golpecito lo aparta de su camino; unx débil que deja un desastre a su paso, unx débil que atraviesa la brea caliente en medio de una calle en construcción mientras los de espacio público quedan con el no en la boca. Lx débil anónimo que un veinte de diciembre, en medio del caos, lanza su bicicleta por encima de un embotellamiento, trepa, salta, la recoge, y sigue por Avenida de Mayo rumbo a la multitud que tira piedras a la Casa Rosada. Unx débil que, a la hora de pasar entre un tacho de basura y un espejo retrovisor, sabe que va a lograrlo, aunque el espacio sea igual de ancho que una lata de cerveza.

Yendo juntas por las calles pensé cosas que sería imposible relatar. Hoy acepto que no puedo acordarme de todas. Pero puedo explicar mi conexión con el mundo: una parte de mi cabeza, a la izquierda, está pendiente de las puertas de los autos que podrían abrirse y matarme. Otra parte, a la derecha, está escuchando los autos que pasan. Por arriba, en la tapa de mis sesos, me distraigo con alguna fantasía, siendo una de las principales que me voy a cruzar por la calle con la persona que me gusta, pero como estoy tan concentrado en no tener un accidente no la voy a ver, pero esa persona sí me verá a mí, y solamente espero que no me mire justo cuando estoy haciendo alguna locura... Desde el centro de mi cabeza, bajando por el cuello hasta mi pecho, pasando por mi ombligo y llegando al centro de mi pelvis, está el deseo de ser llevadas, por mí, por vos, por alguna pendiente, ir hacia adelante sin que nada ni nadie se interponga en mi manera de vivir, que es fantasear mucho y no razonar demasiado, disfrutar que estoy vivo, de la manera en que he aprendido qué significa estarlo, que es yendo hacia adelante.

¿Y respecto a mi cuerpo? Eso sí lo sé. Lo que aprendí en Karate lo apliqué a nuestra práctica. Lo que va entre la presión muscular y el relajo muscular se llama *despliegue*, y es un movimiento que tiene una doble función. La primera función es práctica, y es la fuerza, pues a mayor despliegue, mayor la fuerza. La segunda, es estética, y es la belleza. A mayor despliegue, más atractivo un movimiento. Creo que entendí bien esto al andar juntas. Y no puedo hablar de mi “destreza” al andar en bici, porque soy zurdo, y eso sería reproducir la noción de que el lado derecho es el mejor. Pero sí puedo decir que me siento “ex simio” en el arte de andar en bici: tengo el talento de una persona que alguna vez fue un simio y un poco lo sigue siendo. Mis pies son hábiles como mis manos. Tengo pie de mono. Aprendí a presionar fuerte el pedal con el pie izquierdo y relajar el pie derecho para que no ejerza fuerza. También aprendí a apretar fuerte el manubrio con la mano izquierda y a soltar la mano derecha para dejar libre ese lado del manubrio, para que así, como un caballo a rienda suelta, los músculos nos lleven más rápido, o la pendiente nos lleve, o nos lleve la mano derecha, agarrada a la caja de un flete o a la ventana de un colectivo, o a la caja de una camioneta, haciendo la agarradita para subir una loma.

Volví a valorar mi mano derecha. Es la mano que dejo libre y con ella me conecto con el mundo: agarro el espejo retrovisor: al mismo tiempo le advierto al conductor que se corra y también me apoyo en el espejo para no perder el equilibrio; golpeo con un toc toc la ventana de un conductorx que no me ve; me apoyo, canchero, en el costado de un inmenso colectivo, mientras espero que el semáforo cambie de color, para no tener que apoyar los pies en el suelo; o me voy comiendo una mandarina. Y también ¡también!, un día, mientras pedaleaba, apoyé la mano en mi muslo, la abrí bien ancha, la hice descansar en el lugar exacto del muslo que hacía la fuerza que nos conducía, y noté con satisfacción que mi mano, por más ancha que la abriera, ya no alcanzaba para abarcar ese músculo que había crecido tanto, alimentado por la testosterona. ¡Qué hermoso músculo, qué ancho es!, pensé. Noto que es muy fuerte, parece inmortal, es más mío y

más salvaje, y seguro nos conducirá muy lejos. Después, chequeé otros músculos: ¡qué bíceps! ¡qué abdominales! Más tarde me miré en el espejo: ¡qué glúteos! Y en el viento de la primavera, constaté: ¡cuánto sudor produzco! Mi mano derecha toca mi cuerpo, que dice: acá estoy, como aquella vez, cuando un mediocre sempai de karate me golpeó la cabeza con una vara de madera y pensé: a este pibe lo voy destrozar con mis propias manos, y unos chorros de transpiración me corrieron por la frente y la cara, tantas gotas que el profesor pensó que yo estaba llorando, y después una compañera me explicó que cuantos más músculos uno desarrolla, más transpira... Curiosas ideas sobre el cuerpo, curiosos recuerdos que solo podrían caber en esta carta, o en un viaje en bicicleta. Quería dejar registradas las cosas peregrinas que se me vienen a la cabeza cuando andamos juntas. Lo cual me sirve para constatar, una vez más, que tarde o temprano uno siempre llega a poder decir lo que quiere, aunque sea de manera diferida. Tengo entre manos una carta que habla de lo que tengo entre mis piernas.

Sí. Quise escribirte, querida bicicleta, porque nunca te hablo, pero te pienso. Ahora, sola en el garage, a tan solo una cuadra, siento que estás en mi cuerpo.

¿Pero qué hay de vos? ¡Pasaron cinco años desde que nos conocemos! Siempre imaginé que éramos dos. Nunca pensé que mis deseos eran solo míos. Hoy me di cuenta de que varias partes de tus fierros están oxidadas. Con Gregorio se nos ocurrió pintarte de verde y azul. Él quería verde; yo, azul. Me di cuenta de que no soy la única persona a la que le importa tu existencia. Él también viaja en el asiento de atrás a veces, y se siente seguro de opinar sobre el color que podrías tener. Y me doy cuenta de que te hablo a vos sola, y no a todas las bicis de mi vida. Un día, hace cinco años, un motochorro se robó del canasto un termo con mi leche paterna. Y yo le grité: ¡que te aproveche! Solo vos sabés esto. Cinco años estuvimos juntas, cinco años donde pasaron las cosas más importantes de mi vida.

Quisiera preguntarte si estás de acuerdo en que te pintemos. Y en ese caso, de qué color te gustaría ser.

Esta noche me iré a dormir imaginando que hacemos nuestra gloriosa peinadita: encontramos el hueco por atrás de un auto, y seguimos su recorrido para colarnos con el semáforo en rojo, con el exacto compás dictado por el auto, saliéndonos con la nuestra, pasando, siempre pasando, describiendo un arcoiris perfecto, en tres colores, tal vez, verde, azul, ¿y cuál más te gustaría?

Espero tu respuesta.

Te quiere,

I

*Leído en La Teté. Tertulia Trans el 10 de noviembre de 2019*

*Y en el Festival de Poesía de Acá, Mar del Plata, el 17 de noviembre de 2019*

## Carta a Gre

Rosario, 20 de septiembre de 2019

Querido Gre:

Estoy en Rosario, en el Festival de Poesía. Hoy es viernes y a la noche me toca leer un cuento. Ayer en un bar lei un pedazo de un cuento viejo que está en un libro, pero me parece detestable leer algo editado. No tiene ningún sentido mostrar algo que ya pasó. Entonces pensé en escribir algo nuevo, y se me ocurrió escribirte esta carta, porque te extraño mucho y pienso mucho en vos. Como estoy lejos, tiene sentido que te escriba. Además, el año que viene empezás primer grado, aprenderás a leer y a escribir; estás más cerca del día en que puedas leer esta carta por tu cuenta, aunque, casi seguro, yo podría leértela, aunque tal vez sea un poco aburrida, y como lector sos muy crítico, y nunca se te pasa alguna incongruencia o inverosimilitud en un texto.

Estoy en un café cerca del Monumento a la Bandera, hay mucho sol, te gustaría mucho. Anoche pasé largo rato antes de dormir pensando en cuántas cosas quería decirte, pero claro, ahora que me senté y esto tiene que cobrar forma, se complica organizar el discurso...Veamos...

Lo primero que quiero decirte es que te agradezco mucho el poco caso que me hacés cuando te digo que hagas algo o dejes de hacer algo. De corazón te agradezco cuando una vez más te abalanzás en las entradas del estacionamiento, sin mirar la luz verde o roja del semáforo; cuando cruzás la calle sin mirar si atrás del colectivo viene una moto que te puede atropellar; cuando no te das cuenta de que con un codazo podés tirarte encima el termo con agua caliente, y te agradezco que sigas saltado por las escaleras, a pesar de que un día clavaste la punta de una escalera de mármol en la frente y te encontré que te habían llevado las chicas del museo y estabas en el baño bañado en sangre hasta la cintura. Todo eso lo podés seguir haciendo, y perdón cuando te digo: Gregorio, no corras, porque no estoy por llevarte al hospital, pero gracias por seguir haciendo todo eso, porque lastimarse es una pavada, realmente: es difícil explicar el miedo irracional que me da eso. Yo quisiera decirte que cuando seas papá vas a entender el sufrimiento que implica ver frente a tus ojos el peligro que corre la integridad física de tu hijo, pero la verdad es que no sé si tendrás hijos y si los tuvieras, quién sabe si lo sentirías así, pero hoy te lo puedo decir de esta manera: para mí es insoportable verte llorar o sufrir, no sé cómo hacen algunos xadres que no parecen conmoverse mucho o que lo encuentran hasta un poco gracioso, yo no lo sé. La verdad, todo esto empezó cuando naciste. Yo me di cuenta enseguida de que todo este infierno estaba por ocurrir cuando entré por casualidad al hospital una semana antes del parto y por error me acerqué a una sala de parto, yo entendí que estaba muy mal ese lugar, y que yo por nada del mundo quería entrar ahí. Desde el principio, toda la gente quería que nacieras, y siempre me preguntaban cuál era la fecha de parto. Cuando finalmente estuve en esa sala de parto haciendo fuerza, me di cuenta de que la fuerza que hacía no era para que nacieras, era para retenerte. Es cierto, naciste por tu cuenta y con la ayuda de algún doctor, que, literalmente, te arrancó y cortó de mí, para luego irse a otro parto, y dejarme solo con una enfermera dulcísima que me acarició dulcemente la frente y me miró con tanta luz y paz como nunca una mujer me miró. Vos ya te habías ido con tu padre a una serie de trámites médicos

que te dieron la bienvenida a este mundo, pero antes, tu papá acercó tu cuerpo a mi cuerpo y hundí mi nariz en tu cachete derecha, sintiendo un olor a carne recién nacida que no me olvidaré nunca. A partir de ese día, cada vez que, aún crecido te besaba en ese cachete, mis ojos veían a tus ojos, y eran los mismos ojos de recién nacido que ese día. Cuando, aún con cinco años te hago upa cuando cruzamos la avenida corrientes los domingos al volver de la casa de Martín, hundo mi cara en tu cachete y veo esa misma cara, entonces te digo: mamá te va a hacer upa siempre, siempre. Siempre voy a estar cerca tuyo.

Hijo, era tanto más fácil tenerte adentro mío, entonces nadie opinaba, nadie me preguntaba, ni siquiera tenía que hablar o responder preguntas de nadie. Sabés que me cuesta mucho la interacción, que siempre tengo un poco de cara de culo, que me da fiaca charlar. Una vez, mirando una película me dijiste: hablame, mamá. Yo estaba sumergido en la historia de la peli, y tu voz me sacudió con este pedido, que traté de cumplir, pero fue muy difícil porque a mí me cuesta mucho conversar. Quisiera estar tirado leyendo un libro todo el día, sin hablar. Pero a cambio, me lo paso trabajando, en la oficina y en todas las changas que me la paso haciendo, por una necesidad ridícula de trabajar, bueno, no tan ridícula, resulta que a mí el trabajo me ha significado muchas posibilidades: irme bien pronto de mi casa, y muchas cosas más que otro día te las cuento. No he sabido relajarme, y es poco probable que lo aprenda, eso sí, por vos, empecé con duro esfuerzo a cultivar alguna cultura de las vacaciones, fuimos a Mar del Plata, y este año iremos a la selva, a las cataratas, si Dios quiere.

Bueno, Gre, con esto también quiero decirte que me encantaría que me gustaran los mismos juegos que a vos, pero no me sale mucho correr, las escondidas, jugar a las espadas, al quemado, un poco, sí, pero justo no a vos no te gustan los rompecabezas, pintar, y esas cosas que se hacen sentades y en paz, en fin. Sí me quedo tranquilo que nos gusta acostarnos por la noche y te cuento un cuento, eso lo podemos compartir. También nuestros



juegos de rol en la baniera, donde yo te digo un reto y vos me tiras agua en la cara con una pistola de agua, por ejemplo te digo: Gregorio, vestite! y vos me tirás agua en la cara con la pistola, y así. O cuando te apoyas en el borde de la baniera y yo te digo: Gregorio, te vas a caer!! Y vos te resbalás y caés en el agua salpicando todo.

Gre, yo te quiero contar tres momentos en que fuiste un chico tan valiente, por si te los olvidás, aunque me parece que no, porque tenes una gran memoria. Un día, en el parque de Agronomía, salvaste a un chico de ser pisado por un tren. Te adelantaste de un grupo que iba caminando, y te diste cuenta de que el chiquitín estaba en el medio de la vía y lo salvaste. Otro día, en la playa, te diste cuenta de que Taiel, el amiguito que te habías hecho, se había despistado y no encontraba a su mamá. Lo agarraste de la mano y encontramos enseguida a su madre. Y por último, el otro día, en la pileta, un chico se quedó encerrado en el baño, y como eras el más chiquito te metiste por abajo de la puerta y le enseñaste al chiquitín a salir por abajo. Creo que en esas tres ocasiones encontraste un hueco, el mismo hueco, creo, que encuentran todes les chiques y que se mandan por ahí para nacer.

Hijito querido, es muy estresante que sea tu último año de jardín, y aunque hacer primer grado es divertido porque vas a aprender muchas cosas y tener nuevos amigos, y una nueva señorita también, a mí me cuestan muchos los cambios y temo y creo que te pasa lo mismo y estás un poco triste de que sea tu último año de jardín. Yo al pensar esto siento muchas ganas de llorar, porque detesto perder cosas, me duele, porque no puedo saber, no hay manera de asegurarle a una persona que el futuro será mejor, me parece hasta casi deshonesto prometer algo así, porque cómo podríamos saberlo? Sin embargo, más o menos me puedo imaginar, que aprender a leer y a escribir es algo hermoso, algo que, seguramente, te dará tanta y tanta libertad, la misma que tenés cuando vas caminando delante mio en la calle y algún extraño me mira como diciendo: usted es el padre de este niño que camina solito? Y vos notás la mirada rara de esa gente y yo te

digo, bueno, hijo, porque no es tan común que un chico por el microcentro ande solito, pasa que vos te criaste acá, ya conocés, es tu barrio.

Hijo, yo quisiera que viéramos siempre en el mismo barrio, y en la misma ciudad, irse de la ciudad es horrible, tanto que ahora hasta me salió un orzuelo, y otro día que me tenía que ir me resbalé en el baño y me golpeé con el lavatorio y me quedó un ojo negro, pero quisiera que mágicamente, tan mágicamente como naciste, con tus propios recursos, no sintieras como yo, tanto pánico por el dolor y por lo desconocido, aunque temo que algo de eso te haya transmitido, porque al fin y al cabo, es lo que yo sé, y no te lo puedo dejar de ocultar.

Quisiera decirte mil cosas más, pero ya va siendo hora de terminar esta carta, y además, como esta es una lectura de poesía, y no de cuentos, no puedo extenderme demasiado. Seguiré esta carta en otra ocasión. Te amo hasta el cielo, hijito.

Tu papá.

## Querida araña

Buenos Aires, 23 de julio de 2017

Querida amiga:

No sabés el frío que tengo. Se acaba de largar a llover en Buenos Aires y me espera una noche larga, escribiéndote. Tengo muchas cosas para decirte, y como me pasa en los últimos tiempos, me desespera que esta carta deba tener un solo comienzo, pues son varias las frases que se me vienen a la mente y que me parece importante decirte en primer lugar. Debo armarme de paciencia, pensar que podré decirte *todo* a lo largo de esta breve y única misiva.

Ajustada al tiempo y al espacio, geométrico y limitado, como sabés, aunque relativo, todo lo que diga también dependerá de vos, de lo que puedas oír, y eso yo no lo sé y me desespera; elegí por tanto comenzar de esta manera, contándote lo que compartimos, las vibraciones de la lluvia, el sonido que estarás escuchando si el techo de tu casa lo permite, sintiendo tal vez en tu sensible cuerpo la humedad del ambiente, tan importante para tu trabajo y tu vida, porque afecta a tu cuerpo, a la tela que produzcas, al alimento que puedas obtener; tal vez tu pancita esté contenta, porque a más humedad, más insectos, más comida para vos y tus huevos. Ya está. Al decirte todo esto voy olvidando otros comienzos posibles, aunque no quiero

dejar de contarte que esta carta la empecé ayer, en realidad, pero por la tremenda falta de sueño tuve que abandonarla, así como hoy abandoné algunas tareas laborales que aún a altas horas de la noche se imponían, y lo hice para escribirte, y eso me alegra mucho: dejar todo, darle la espalda al mundo, correr la cortina del cosmos para mirarte a vos, eso vale la pena: enaltecer la tarea de enaltecerte, buscar la forma de convertirme en alguien capaz de hablarte frente a frente.

Tenía algo más para decirte, sin embargo, y lo pensé recién, mientras lavaba los platos con agua fría, fueron grandes cosas, como una nube, que se elevaron atrás mío, un telón arriba de la cabeza del gato que me hace compañía mientras lavo los platos, a mi lado derecho, en diagonal a mi pie derecho, esperando que me desocupe para ir a la computadora y echarse a tomar el calor de la lámpara del escritorio; y las cosas de la nube, tan grandes, sutiles y ciertas las olvidé al llegar aquí. ¡Lo lamento tanto, querida amiga! Y es una de las cosas que más lamento en mi vida, en verdad, que el tiempo lleno de altibajos y tareas no me permitan abordar esta tarea con constancia y por ese motivo olvidar tantas cosas, sin saber cuáles y cuántas de ellas se podrán perfilar aún en el futuro. Y que la única parte cierta de esta frase sea el futuro es tremendo, pues de esto no puedo hablarte, sería inoportuno esta noche. ¿Pero por qué tendrá que ser oportuno hablar de algo para poder decirlo? ¡Qué injusticia, querida amiga! Qué injusta y cuán amarga es esta experiencia compartida por las dos.

Cuando se dio la oportunidad de escribirte esta carta me sentí entusiasmada, tu presencia se me apareció tan real como la de una persona, y nunca dudé que pudieras escucharme, y que tal vez estarías dispuesta a conversar con una extraña como yo, en la oscuridad, en este encuentro fortuito. La situación, pensaba, es que mañana te irás del museo, yo no sé adónde y en qué condiciones, aunque imagino que tu dueño te llevará al mismo lugar donde estabas antes, lo cual no quita que la mudanza sea algo absolutamente estresante. Perderás tu casa, todo lo que hiciste en este tiempo, y quién sabe adónde irá a parar tu telaraña, porque a nadie le

gustan, porque son algo de casa abandonada, la borrarán del mapa con un plumero. Tu casa no puede estar en una casa. Tu casa solo puede estar en una casa abandonada o en un museo, mientras le quepa la estancia de acuerdo al capricho de un curador. Todo eso era lo real, pensaba. ¿Y en qué lugar correspondía que entrara mi historia, cuál era entonces *mi* oportunidad? ¿Entretenerte un rato para distraerte de la angustia de la mudanza, aún ahora, mientras por instinto aún tirabas tus últimas líneas? Quizás no supieras nada, y yo, de manera brutal, estuviera anticipándote la verdad. Partamos de la base, pensé entonces, de que sos un animal lleno de recursos, de que tejerás tu tela sea como sea, y aunque te la rompan, lo seguirás haciendo hasta el fin, y se perfila entonces mi humilde lugar, que es el de existir tan solo breves minutos en la vida de esta, tu noche eterna.

Buenos Aires, 25 de julio de 2017

Querida amiga:

He debido continuar esta carta un par de días después. Tal vez sea un poco vano citarme, pero acabo de recordar que en mi novela *Una idea genial* me refiero a vos cuando hablo de la fe en Dios que sentí de niña, la intuición de que algo me trascendía en el más allá. Dice allí que sentía la fe de la siguiente manera: “Dios es un hilo muy fino que está frente a mis ojos, pero es el único, y aunque parezca débil, como el camino de una arañita que vio destruido su hogar, puedo hacer equilibrio por ahí sin romperlo, directo al cielo”. No le hubiera prestado tanta atención a esto si no hubiera sido porque Francisco, mi editor, me dijo que le encantaba. Y debe ser porque lo que dije es cierto: la araña siempre tejerá. La limpiarán del mundo y tejerá.

Por años me inquietó pensar en esto: en lo que era un objeto abandonado. En que a un objeto abandonado no solo no se lo quiere porque está roto sino que el no quererlo hace que esté cargado de telarañas y esa es la señal de su abandono y eso hace que se lo quiera menos o se lo tema. Me sucedió algo así la vez que volví a la casa de mi infancia a buscar aquel famoso espejo que tenía que recuperar. pues la infausta de mi tía se lo quería quedar, y eso me hizo quererlo, y era importante conservarlo *para mí*, por eso me aventuré en esa casa abandonada. Siendo joven aún, yo era dueña por herencia, yo le abrí la puerta a mi tía por bondad, para que ella pudiera ver también la casa donde se había criado, donde había hecho todo lo que yo hice. Y al abrir la puerta del cuarto en el que ella durmió, pero antes que yo, antes de que yo heredara esa casa, volví a pensar que yo había dormido ahí en mi infancia y que ese cuarto y su contenido mobiliario eran míos, entonces vi una densa pared de telarañas, aún más espesas que en el resto de la casa, como si el abandono recubriera el viejo espejo. Y fui, como un príncipe fuerte, abrí los brazos, y fui rompiendo esas paredes de tela hasta llegar al espejo y mirarme aparecer entre las redes. Mirar mi cara, y allí mi fortaleza. Y luego, al descolgar el espejo y mirar hacia la fina puerta de madera pintada de color gris brillante, ver el camino que yo mismo había abierto en la maleza (siempre habrá maleza; la huella es solo el espacio en que la pisada ha evitado que crezca la naturaleza, la huella es lo negativo, lo positivo es la maleza, pensé), y ese camino era un túnel en el tiempo, un túnel donde el futuro estaba de mi lado. Arranqué al espejo del pasado, y para poder sacarlo tuve que destruir esa cosa natural que lo rodeaba.

Más tarde escribí acerca del particular estatuto del objeto abandonado:

“Privar a alguien de algo es también privar al objeto de alguien. El objeto abandonado fue privado del contacto con los otros. Es por eso que la propiedad privada está en cierta forma abandonada de otros. ¿Esto no es acaso triste? Los objetos parecen maravillosos porque nadie, ni siquiera su dueño puede poseerlos, siempre están privados. En realidad todos los objetos están abandonados, expuestos a la naturaleza.

¿Qué significa estar abandonado? Esto es crucial. Cuando algo está abandonado, se encuentra en un espacio que no reconoce, un lugar donde no debería estar, aunque creyendo que conoce su entorno se da cuenta, por el paso del tiempo, de que en realidad no sucede lo que debería suceder.

Sentarse con las piernas. Y no con la cabeza, los brazos o los ojos. Las piernas y la cola, y el resto del cuerpo continúa ahí, emergiendo de una silla abandonada”.

Buenos Aires, 29 de julio de 2017

Querida araña:

Es lunes a la noche. Te escribo con un delantal. Espero una visita importante, ya te contaré. Por fin se ha hecho la noche en que sé cómo continuar diciéndote lo que quiero formular y que te incumbe. Estos días estuve pensando mucho en esta carta. Estos días mi vida se recompuso de manera total. Fui capaz de entrelazar varias cosas que andaban ocurriendo y que te importan.

Hubo un tiempo en mi vida en que cocinaba mucho. Luego, un día, cuando estaba embarazada, mi ex marido quiso trasladar la cocina al lavadero. La razón era que no teníamos extractor, y los olores se filtraban hasta el living. Era mejor tener la cocina lejos, cerca de la ventana del lavadero. ¿Pero desde cuándo nos molestaban los olores? ¿No es lindo llegar a casa y saber lo que se cocina? Me negué discretamente. Le expliqué que tener la cocina en el lavadero complicaría todo, que yo tendría que caminar con las papas cortadas hasta de acá para allá perdiendo el tiempo. Pero mi ex marido no quiso escuchar. Un señor gasista movió la cocina igual, y con una conexión de gas totalmente irregular, fui privada de la cocina. A

partir de entonces, mi vida ya no fue como antes, por muchas razones, y la cocina era una de las más importantes. Yo solía cocinar, y mientras algo se cocinaba en el horno, escribía en mi blog con el delantal puesto. Luego nació mi hijo, el blog se terminó, la comida se volvió subsistencia, la llana necesidad de alimentarme para alimentar, teniendo hambre como un animal de lo más crudo, vos sabrás. Comida, comida, comida. Y tanto que no recuerdo bien qué comía, pero sí que el desayuno era importante, y no usaba la cocina, comía frutas, leche, cereales. También recuerdo que era complicado ir a la verdulería con el bebé recién nacido, y solía lamentarme a lo largo y a lo ancho de lo mucho que me hacían falta las verduras, y solía hacer largas caminatas hasta el supermercado y llenaba el changuito, pero consumía tanto pero tanto que me costaba mucho tener las cosas básicas, y a veces pedía el delivery de la verdulería, pero me venía verdura mala y cara. Me lamentaba sin cesar; la situación era trágica. Después fue pasando el tiempo, y cuando cocinaba, me lamentaba de que la presión de gas de la cocina era muy mala, que las cosas tardaban mucho en calentarse y lo cansador que era ir y venir. Antes, yo podía, con un solo giro, cortar una papa y echarla a freír. Ahora eran procesiones frustradas y una sartén de aceite tibio. En aquel tiempo, Paula me retó por plancharle las camisas a mi marido, yo enseguida recapacité y dejé de hacerlo. Además, mi hijo dejó la guardería y tuvo una niñera, y yo le pedí a ella que cocinara. Hizo tartas de verdura y guiso de lentejas. Yo ya no daba la teta, comer no me importaba, por fin estaba libre de la esclavitud de almorzar dos platos de pasta y estofado con queso. Empecé nuevamente el camino del ascetismo. Llevaba las viandas al trabajo y repartía la comida entre mis compañeras. Yo no comía mucho. Y ellas me decían: qué bien cocina la niñera. Y yo respondía: sí, la tarta se la enseñé a hacer yo, con masa casera. Y seguía lamentándome más, más, cada vez más, vivía amargada, hasta que mi hijo creció y un día, a poco de pasar los dos años me dijo que estaba rezongando. Así fue que empecé a tener ganas de dejar de rezongar, quise ser feliz, quise enamorarme de alguien con el cuerpo y el corazón. Poco después, me enamoré y me separé. Entonces tuve que hacer de mi casa algo mío. El



living dejó de ser formal, y donde antes estaba el sillón, puse mi colchón de dos plazas, y con mi hijo contemplamos con interés cómo la inmensa tela de araña rodeaba la lámpara del living y se perfilaba cada día un poco más con sol. Por fin, vino un gasista y puso la cocina en la cocina. Ahora, mi hijo va algunos días con su padre, y yo me hallo libre para escribir y amar. ¿Qué hago ahora entonces, además de escribirte y esperar a mi amada? Cocino mousse de chocolate, pollo con cebollas al curry, y también una torta de vainilla para Eva, la señorita de mi hijo que cumple cuarenta y siete años, y que un día, al verme enamorada y vestida con ropa deportiva me preguntó si era bailarina.

Ahora veo claro. El primer paso fue dejar de planchar. Yo había pensado que mi ex marido debía ir al trabajo con la camisa planchada. Qué ridícula. Pero yo me crié de esa manera, limpiando, fregando, cocinando, lavando, planchando, matando arañas. Yo no me daba cuenta, pero hace poco tiempo encontré mi diario íntimo de los quince y descubrí que mi adolescencia se trató de eso: de tareas domésticas. Yo nunca tomaba cerveza. Pero ahora que estoy enamorada y tomo cerveza y no plancho ni mato arañas, lo primero que quise hacer fue traer la cocina al lugar que le correspondía. ¿Será posible?, pienso. Y comento en mi diario que esto debe ser algo que me trasciende, algo oculto en mi propia noche eterna, que es querer dar comida cuando estoy feliz. Vos tejés, araña, yo cocino, y escribo con un delantal. Me siento feliz de sentir mi corazón en su lugar y las arañas en el suyo.

Te tengo que dejar, amiga. Suena el timbre.

Te quiere,

I

Pd: Pienso, en resumen, que la vida da para muchas cosas. Podemos cocinar, colonizar el living con un colchón matrimonial y coronarlo con una gigantesca tela de araña, que al salir el sol se vuelva hermosa, blanca y fantasmal.